

# BOLETÍN DE LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA

PERTENECE A LA BIBLIOTECA  
DEL ATENEO DE BARCELONA

LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA es completamente ajena a todo espíritu e interés de comunión religiosa, escuela filosófica o partido político; proclamando tan sólo el principio de la libertad e inviolabilidad de la ciencia y de la consiguiente independencia de su indagación y exposición respecto de cualquiera otra autoridad que la de la propia conciencia del Profesor, único responsable de sus doctrinas.—(Art. 15 de los Estatutos.)

Domicilio de la *Institución*: Paseo del Obelisco, 14.

El BOLETÍN, órgano oficial de la *Institución*, es una Revista pedagógica y de cultura general, que aspira a reflejar el movimiento contemporáneo en la educación, la ciencia y el arte.—Suscripción anual; para el público, 10 pesetas; para los accionistas y los maestros, 5.—Extranjero y América, 20.—Número suelto, 1.—Se publica una vez al mes.

Pago, en libranzas de fácil cobro. Si la *Institución* gira a los suscritores, recarga una peseta al importe de la suscripción.—Véase siempre la *Correspondencia*.

AÑO XLI.

MADRID, 31 DE OCTUBRE DE 1917.

NÚM. 691.

## SUMARIO

### PEDAGOGÍA

Las bibliotecas escolares en Suiza (conclusión), por E. Devaud, pág. 289.—Mendacidad, por D. Miguel de Unamuno, pág. 299.—La psicología de la conducta, por B., pág. 301.—Relaciones entre la Universidad y la industria, por D. Obdulio Fernández y Rodríguez, pág. 304.

### ENCICLOPEDIA

La estructura social, por D. Francisco Rivera Pastor, página 313.

### INSTITUCIÓN

IN MEMORIAM: Don Francisco Giner, por D. J. Dantín Cereceda, pág. 318.—El maestro Giner, página 319.—Noticia, pág. 320.—Libros recibidos, página. 320.

## PEDAGOGÍA

### LAS BIBLIOTECAS ESCOLARES EN SUIZA (1)

por E. Devaud,

Profesor de Pedagogía en la Universidad de Friburgo.

(Conclusión.)

¿Quién está encargado de la elección de los libros? El departamento de Instrucción pública se ocupa en ello sólo en Ginebra, y hace llegar cada año a las bibliotecas un lote de libros. El del Ticino se reserva de igual modo la adquisición de los volúmenes. La campaña de Basilea forma una lista de libros; un catálogo semejante existe también en Berna. Las Comisiones escolares se ocupan en ello en Valais, Neuchatel, Berna y Vaud; los maes-

tros mismos, bajo el control de las autoridades escolares en ciudad de Basilea, Turgovia (en algunos lugares, el pastor), Argovia, Schaffhouse; en Zurich, ora una Comisión comunal designada especialmente, ora el maestro; en Appenzell Rhodes-Externes, una Comisión comunal o el pastor o el maestro; en Nidwal, el maestro, o el cura, o un *Schulrat*; en Lucerna, el cura o el maestro; el pastor o el maestro, en Glaris; en Grisons, «nada se ha determinado a este respecto».

Según la ordenanza de 9 de Marzo de 1906, del Gobierno de St.-Gall, el Consejo de Educación de ese cantón nombra por tres años una Comisión especial de cinco miembros, de los cuales uno debe ser elegido en el seno del Consejo de Educación, Comisión que tiene por tarea formar una lista de los libros que serán remitidos gratuitamente por el Estado a las bibliotecas escolares. He aquí los artículos que conciernen a esa tarea:

«Art. 4.º La Comisión de bibliotecas escolares forma cada año un catálogo de los libros que hay que remitir gratuitamente a las bibliotecas escolares.

Para que un libro sea admitido en esta lista, se necesita la decisión de cuatro miembros, por lo menos, de la Comisión. Serán excluidos los libros que ataquen la religión o el sentimiento patriótico.

Art. 5.º El presidente velará, además de la liquidación de los asuntos de cuentas corrientes, por que la Comisión cada año examine y escoja número suficiente de libros recomendados para la juventud.

A este fin, está autorizado para comprar

(1) Véase el número anterior del BOLETÍN.

los libros que haya que examinar, siempre que éstos no puedan ser procurados gratuitamente. Se remitirá cada vez uno de estos ejemplares a la Comisión.

Art. 6.º El catálogo, definitivamente formado, se publicará cada año, a más tardar, en el número de Junio de la *Hoja Escolar Oficial*. El presidente agregará un resumen sucinto de cada obra.

Art. 7.º La elección de los libros contenidos en las listas publicadas se deja a la competencia de las Comisiones de bibliotecas locales; ellas pueden presentar proposiciones generales o designar las obras cuya adquisición es deseable.

Eventualmente, pueden comprarse las obras en varios ejemplares.

Art. 8.º Las proposiciones para la adquisición de libros deben transmitirse hasta fines de Agosto, a más tardar, a la Comisión de bibliotecas escolares, la cual establecerá la repartición, de acuerdo con la Comisión de estudios.

El número de alumnos admitidos para la utilización de la biblioteca (las clases V-VIII, comprendidos en ellas los cursos de perfeccionamiento) debe indicarse cuando se remitan los pedidos, así como a lo que ascienden las subvenciones de la caja escolar.

Art. 9.º La subvención abonada por el Estado a cada curso superior, se calculará según el número de alumnos, teniendo en cuenta los cuidados que cada Comisión consagre a su biblioteca escolar; esta subvención ascenderá a 20 francos, a lo más, por año, y no se abonará sino a condición de que la caja escolar dé una cantidad igual, por lo menos.

Art. 10. Después de la aprobación del proyecto de repartición por la Comisión de estudios, el presidente se ocupará, en unión con la secretaría escolar, en la adquisición y en la expedición de los libros. Este trabajo debe estar terminado a fines de Octubre.

Art. 11. Las casas encargadas de la entrega de las obras serán designadas por la Comisión de estudios, según las propuestas de la Comisión de bibliotecas escolares.

Art. 12. Se hará un catálogo muy completo de todos los libros; este catálogo indicará el título de las obras, sus editores, el número de los volúmenes y su precio.

Art. 13. La gerencia de la biblioteca escolar, así como el préstamo de libros a los alumnos, se confiará a un *maestro* especialmente designado por la Comisión escolar.

Art. 14. La Comisión de bibliotecas escolares se entenderá con las organizaciones locales, procurándose libros por sus propios medios, respecto a la elección de las obras, y se encargará eventualmente de su adquisición y de su encuadernación.

Art. 15. Alentará a los círculos escolares a fundar o a desarrollar sus bibliotecas, y se encargará también del cumplimiento de las ordenanzas de la Comisión de estudios relativas a esas bibliotecas.

Art. 16. El inspector o visitador de distrito vela por la administración y el estado de la biblioteca.»

Una Comisión cantonal semejante, de cinco miembros, es también nombrada por el Estado de Soleure. La vigilancia de cada una de las bibliotecas es practicada por la Comisión escolar y por los inspectores oficiales; éstos deben examinar, por lo menos una vez al año, el contenido y el estado de las bibliotecas, y dirigir al departamento un informe de sus observaciones.

En cuanto a la riqueza de libros de las bibliotecas, varía mucho, como había derecho a suponer. La pregunta de la encuesta que a eso se refería ha quedado a menudo sin respuesta, o bien lleva la mención «Faltan informes». Las bibliotecas de Ginebra cuentan de 150 a 300 volúmenes; de 30 a 200 las de varones, de 200 a 500 las de niñas, de la ciudad de Basilea; de 200 a 3.300 en St.-Gall; de 40 a 630 en Soleure; de 100 a 300 en el Nidwald; 65.000 por todo en Argovia, lo que hace alrededor de 200 libros por biblioteca; 500 a 600 es la cifra máxima a que llegan en Appenzell Rhodes Exterieures; las de Schaffhouse varían entre 150 y 1.100, término medio, 385; las de Glaris cuentan casi todas

de 500 a 2.000 libros, pero sirven a los adultos lo mismo que a los niños. Turgovia cuenta de 50 a 200 volúmenes y 50 a 400. Ninguna posee menos de 50 en el Ticino. Las bibliotecas están en su principio en Valais; 17 tienen de 20 a 40; 9 de 100 a 200; 9 de 200 a 500. Neuchatel sostiene el record: no sólo todas las comunas tienen por lo menos una biblioteca, sino que la mayor parte de éstas tienen un número muy considerable de libros; en los 54 informes que hemos hojeado, una sólo tiene menos de 100; dos, menos de 200; dos, menos de 500; 20 tienen de 500 a 1.000; 13, de 1.000 a 1.500; ocho, de 1.500 a 2.000, y ocho, más de 2.000 volúmenes.

Hay una biblioteca por edificio o centro escolar en Ginebra, en la ciudad de Basilea, Turgovia, Zurich, Berna, Vaud y Schaffhouse. En otras partes, una sola biblioteca se destina a todas las escuelas de la comuna: Valais, St.-Gall, Neuchatel, Glaris, Lucerna, Schwytz, campaña de Basilea, Argovia, Grisons, Friburgo, Soleure, Nidwald, Schaffhouse, Ticino. Entretanto, las localidades extensas pueden poseer varias (Glaris, St.-Gall, campaña de Basilea, Soleure, Nidwald, Schaffhouse), una por barrio o por edificio.

Una de las preguntas de la encuesta ha dejado perplejos a los secretarios de los departamentos encargados de responder a ellas. Estaba así formulada: «¿Existe relación entre la elección de los libros y el programa escolar?» Algunos no han respondido. Otros han dicho sencillamente: «No» (Ginebra, Valais, ciudad de Basilea, Turgovia, St.-Gall, Soleure, Nidwald, Neuchatel, Appenzell Exterieur, Grisons, Friburgo, Schaffhouse). Zurich se ha contentado con un gran signo de interrogación; Glaris, con un enérgico «*natürlich*», Lucerna afirma con un buen «*ja*»; campaña de Basilea, «*in der Regel nicht*»; Argovia, «*Es bestehen keine Vorschriften*»; Berna, «Ciertamente, pero no de una manera obligatoria»; Vaud, «Sí, pero no para todos los libros»; Ticino, «Existe cierta relación entre libros y programas».

Esta pregunta nos conduce a precisar el papel de la biblioteca escolar. Pues, ¿para

qué sirve una biblioteca *escolar*, si no se liga en manera alguna con la escuela y la enseñanza? Hay, en efecto, dos maneras de concebir esta obra. O bien ella tiene por objeto proporcionar a los alumnos de los cursos superiores lecturas recreativas, sanas y reconfortables; es, entonces, una simple réplica de las bibliotecas juveniles, fundadas en torno de la iglesia o de las instituciones de utilidad pública; no difiere de ellas ni por el fin ni por el contenido; es una de esas obras anexas, muy útiles, en verdad, que abundan alrededor de la escuela y hasta amenazan estorbarle y hacerle olvidar el trabajo escolar propiamente dicho, el de enseñar. O bien la biblioteca es un medio de enseñanza, una obra, no ya anexa, sino inherente a la clase, que participa de la vida escolar, como el material intuitivo, los manuales clásicos y el pizarrón. Y su fin es perfeccionar el aprendizaje del arte de leer, iniciar a los escolares en la lectura provechosa de obras enteras, en la lectura privada. Ahora bien; la totalidad o casi toda ella de las bibliotecas escolares suizas nos parecen ser obras que se contentan con procurar a los alumnos lecturas interesantes y sanas, sin preocuparse de que se refieran al trabajo propio de la escuela. La prueba de ello la encontramos en esa falta característica de relación entre el programa y la composición de la biblioteca; la hallamos en la encuesta del Dr. Brukner, quien ha comprobado que casi todas las bibliotecas anexadas a las escuelas del cantón de Glaris servían, a la vez, a los adultos y a los niños. Esas bibliotecas son obras de beneficencia y de preservación mucho más que obras de instrucción propiamente dicha; no son bibliotecas *escolares* en el sentido estricto de la palabra; forman parte de las instituciones a las que se ha dado el epíteto adecuado de *periscolares*.

En nuestro concepto, sería preferible dejar a las *asociaciones* parroquiales, comunales, sociales y caritativas el cuidado de fundar bibliotecas recreativas; ellas han tomado ya esta iniciativa, y el número de sus bibliotecas sobrepasa, estamos de ello persuadidos, el de las bibliotecas es-

colares. La escuela, en cambio, debería hacer de su biblioteca un instrumento de trabajo y de formación propiamente escolar; debería organizarla, en consecuencia, como función de su programa y de sus lecciones. Semejante organización es fácil donde no hay más que una clase; es más difícil donde una biblioteca única sirve a varias clases; no es imposible, si el maestro quiere preocuparse de lo que encierra su biblioteca, referirse a ello cuando se presenta la ocasión, dar a sus niños indicaciones de los volúmenes que hay para leer, introducir el libro en la vida misma de la clase. Una biblioteca poco surtida, pero de obras perfectamente escogidas, puede instituirse en cada una de las clases superiores, y, ligada íntimamente a la enseñanza, dar resultados educativos que no podrían producir los volúmenes de la biblioteca recreativa leídos a granel por los devoradores de libros. Por lo demás, estas dos especies de bibliotecas no están reñidas; la una lleva a la otra. No basta procurar libros a la juventud; es preciso formar a los lectores y hasta ponerlos en estado de sacar provecho de sus lecturas, hechas con inteligencia.

Por lo demás, no nos sería grato insistir aquí sobre un concepto personal del papel de la biblioteca escolar y de su utilización metódica; en otra obra ya lo hemos hecho extensamente. (*La lectura inteligente en la escuela primaria*, Blond, París.)

Lo que acabamos de escribir hasta aquí se refiere a los cantones en su conjunto. Las ciudades y las localidades importantes han organizado, naturalmente, sus bibliotecas, según las necesidades de su población escolar y de acuerdo con los recursos más considerables de que disponían. Zurich, por ejemplo, disfruta de 14 bibliotecas (dos por distrito, salvo el III distrito, que tiene seis), siete para las escuelas primarias y siete para las escuelas secundarias.

Las siete bibliotecas primarias poseían el 31 de Diciembre de 1912, 22.047 volúmenes, de valor de 20.201,92 francos, y las siete bibliotecas secundarias, 12.534 volúmenes, de valor de 17.785,55 francos,

o sea 87,8 volúmenes por alumno para la división primaria (clases IV a VIII) y 93,5 para la división secundaria. Se ha entregado a cada una de las clases primarias (IV a VIII) un término medio de 76 volúmenes (19.126 en todo) y 85 a cada una de las 134 clases secundarias (11.360 en total), lo que no denota una pasión muy ardiente por la lectura. Realízase un canje de libros entre las clases y los distritos, a fin de renovar incesantemente la biblioteca. Se ha gastado en favor de las bibliotecas primarias, en 1912, 3.433,65 francos; en favor de las bibliotecas secundarias, 3.000,50 francos, siendo los créditos, respectivamente, de 3.500 y 3.000 francos. Los maestros encargados del sostenimiento y del servicio de las bibliotecas y de la elección de los libros, han sido indemnizados por su trabajo por medio de emolumentos, que ascienden a un total de 2.260,60 francos.

2. *Enseñanza secundaria.*—Los gimnasios, las escuelas reales y escuelas secundarias poseen en todas partes una biblioteca por establecimiento, complemento natural y obligado de la enseñanza, aunque en ninguna parte exista ordenanza oficial que la prescriba, excepto la biblioteca de las escuelas de distritos de la campaña de Basilea, de Soleure y de Schaffhouse.

En todas partes hay un maestro agregado al establecimiento, que se encarga de la administración de la biblioteca sin ninguna retribución, salvo en algunas localidades de St.-Gall, de Zurich y de Schaffhouse-Ville. Un bibliotecario especial es nombrado en el colegio de Ginebra; recibe 1.500 francos. Es también el profesor bibliotecario quien se ocupa en la elección de los libros en la mayor parte de los cantones; es ésta una Comisión especial nombrada por el cuerpo de profesores de la escuela, en la ciudad de Basilea; una Comisión compuesta de los miembros de los establecimientos secundarios, presidida por el Director de la Instrucción pública, en Ginebra; el cuerpo de profesores mismo, en Valais, Berna, Argovia y la campaña de Basilea; la dirección, en Friburgo, Turgovia (en algunos lugares, por lo menos) y Neu-

chatel; el Departamento de Instrucción pública, en el Ticino.

Los fondos afectados a la compra de los libros se descuentan de los presupuestos de los establecimientos, y son proporcionados por las comunas o el Estado, según que éstos sean comunales o cantonales. Se señala donaciones de particulares en Zurich, Nidwald y Grisons. La biblioteca del gimnasio de Sion está sostenida, además de un subsidio del Estado, por una cotización anual de dos francos por los ingresos de inscripción y las multas a los alumnos.

La biblioteca por clase no existe más que en una escuela secundaria de niñas en Basilea y en el gimnasio de Neuchatel. En la enseñanza secundaria, sin embargo, más que en ninguna otra, la biblioteca debería ser un instrumento de trabajo íntimamente unido al programa y a la vida escolar de cada clase; cada clase debería tener, por lo menos, aparte de la biblioteca común, una colección particular de autores y de obras, especialmente afectados a los estudios particulares de tal año escolar y siempre al alcance de la mano. Hay lecturas que no son provechosas sino en tal clase, y paralelamente a tal parte del programa, libros cuyo lugar está en la sala misma de clase, prontos para ser hojeados y consultados en todo momento. El maestro entonces puede controlar las lecturas útiles, aconsejarlas, saber que las han hecho y quiénes las han hecho. Que semejante organización sea posible y realizable con menores gastos de lo que parece, M. I. Bezzard nos lo ha demostrado en su *Clase de francés* y su *Método literario* (Vulbert, París). Nuestras clases de letras deberían seguir en este punto a las escuelas profesionales, en las cuales la utilización de la biblioteca se une estrechamente a la labor propiamente escolar.

No basta reunir libros; hay que hallar también lectores. Los secretarios de los Departamentos que han respondido a la encuesta, conceden elogios breves, pero sin restricción, a la diligencia ávida y empeñosa de los alumnos en la utilización de la biblioteca. Queremos creer que esos elogios son plenamente merecidos. Pero

artículos alarmistas han aparecido en Alemania y en Francia acerca de una «crisis de lectura» entre los alumnos de enseñanza secundaria (v. *Revista pedagógica* de 15 de Diciembre de 1911, el artículo «Lectura y Colegiales»), de la cual es muy notable que no suframos también nosotros un poco. Allí se denunciaba en particular como causa del mal, el abuso de los deportes y la difusión de libros de detectives y de aventuras, de la literatura de vuelo bajo. Sólo las respuestas de Basilea y del Valais indican, la una, la primera, y la otra, la segunda de estas causas de disminución de la lectura estudiosa y reflexiva.

Pero debe haber entre los mismos establecimientos de un solo cantón divergencias considerables, que aparecen en los resultados de la encuesta más estricta, practicada en el cantón de Vaud.

De los 23 establecimientos vaudenses, sobre los cuales contamos con informaciones precisas, 18 poseen una biblioteca propia, tres gozan de bibliotecas comunales (Rolle, Moudon y Cossonay), que tienen con la escuela algunas adherencias, y dos declaran no tenerla. Ninguna prescripción legal la impone a esas instituciones, ni impone tampoco su empleo a los alumnos; la biblioteca, entretanto, está prevista en el reglamento de la una o de la otra (escuela de Comercio y escuela de Agricultura de Lausanne, Aigle). ¿De dónde provienen los fondos afectados a la compra de los libros y al servicio de la biblioteca? Las respuestas son de las más diversas. Bien poco obtienen del presupuesto del Estado (las Escuelas Normales, la escuela de Comercio y la escuela cantonal de Agricultura de Lausanne) o de las comunas (escuela superior de niñas en Lausanne) 900 francos), Aigle (200 francos), Rolle, Nyon, Morges (100 francos), y Vevey (200 francos). La mayor parte vive de un numerario entregado obligatoriamente y cada año por los alumnos (gimnasio y colegio clásicos, colegio científico (cinco francos), escuela de comercio Aigle (dos francos), de los abonos libres de alumnos que quieren aprovechar de la biblioteca (Rolle, Morges, Cully, Payerne (0,50), Vevey (0,50),

Iverdon (0,50) por semestre), donaciones de particulares, sociedades de ex alumnos, alumnos mismos (colegio clásico de Lausanne, Aubonne, Rolle, Bex, Morges, Cully, Montreux, Vevey); veladas literarias y artísticas (Bex, Iverdon), abonos a conferencias dadas por los maestros cada invierno (Payerne).

De esta manera los presupuestos de que disponen las bibliotecas son de los más diversos y varían cada año para cada uno de los establecimientos. Hay, actualmente, de 900 francos en la escuela superior de niñas, de 500 en el colegio científico, de 700 en la escuela de Comercio, de 300 en la escuela de Agricultura, de 100 en Aubonne, de 150 en Chateau d'Æx, de 150 en Morges, de 100 en Nyon, de 100 en Payerne, de 300 en Iverdon.

¿Quién está encargado de la elección de los libros? La conferencia de los maestros (gimnasio clásico de Lausanne, Bex, Morges, Iverdon), el Departamento de Instrucción pública, de acuerdo con la Dirección (Escuelas Normales); una Comisión especial nombrada por la conferencia de maestros (colegio científico, escuela de Comercio, Lausanne), el director de la escuela (escuela de Agricultura de Lausanne, Chateau-d'Æx, Nyon, Vevey), el director y el maestro de francés (colegio clásico), el director y dos maestros (Aigle), el director y el bibliotecario (Montreux), el maestro de francés (Aubonne, Payerne).

¿Quién se encarga del servicio de la biblioteca y de la distribución de los libros? Un maestro, casi en todas partes, y gratuitamente; el director, en Morges y en Vevey; el conserje, en la escuela de Agricultura. Un maestro es nombrado por el Estado para este puesto en el colegio y en el gimnasio clásicos de Lausanne; el primero recibe 200 francos; los emolumentos del segundo no están especificados. El del colegio científico alcanza a 400 francos. El del Instituto Henchoz, en Chateau-d'Æx, obtiene 20 francos de indemnización.

Se encuentra en todas partes una biblioteca única para cada establecimiento; la escuela superior de niñas de Lausanne es

la única que declara que «cada una de las clases de la división inferior tiene su biblioteca; el gimnasio tiene una para sus diversas clases». Pero se esfuerzan en adaptar las lecturas a las edades y a los estudios de los escolares, en establecer relaciones entre la biblioteca y el programa (escuela superior de niñas, colegio y gimnasio clásicos, Escuelas Normales, escuela cantonal de Agricultura en Lausanne, Aigle, Morges, Nyon, Payerne e Iverdon). «La biblioteca adquiere, en la medida de sus recursos, los volúmenes cuya lectura considera cada profesor como complemento necesario o útil a su enseñanza» (Rolle). «El maestro guía a los alumnos y les aconseja en la elección de sus lecturas; algunas de estas últimas, relacionadas con el curso de mitología o de literatura, se imponen» (Aubonne). «La biblioteca comprende obras didácticas que tratan de todos los ramos del programa» (escuela de Comercio, Lausanne). «Una biblioteca escolar que no tuviese en cuenta estas relaciones no se justificaría» (colegio científico, Lausanne).

La asistencia a la biblioteca se declara buena y hasta excelente en la mayor parte de los formularios. Un tercio de los alumnos está abonado a la biblioteca de Payerne, de Morges, y un quinto, a la de Vevey. Tres o cuatro hojas solamente acusan una asiduidad mediocre e insuficiente, que explican ellas por el recargo del horario y por la multiplicidad de tareas a domicilio (escuela de Comercio en Lausanne y Montreux), por la influencia de los deportes (Chateau-d'Æx), por la atracción de la lectura fácil por pocos céntimos, de la lectura entretenida «de preferencia» a la lectura instructiva de la biblioteca (Nyon). «La proporción de los alumnos que hacen uso de la biblioteca es inferior a lo que era en otro tiempo... Los varones prefieren construir máquinas volantes u otras; las niñas chismorrean ya como pequeñas comadres» (Rolle). Sin dejar de reconocer que sus bibliotecas son frecuentadas con asiduidad, varias encuestas opinan que podrían serlo más, si los deportes (Aigle) o la competencia de la lectura de pacotilla (Morges) no

lo estorbase. «No se lee menos que antes; se lee más bien mal» (Payerne). «Las clases inferiores leen más que las superiores» (Aubonne, Morges, Rolle), observación interesante que merecía examen, pues es lo contrario lo que más bien se tendría derecho a esperar. Las niñas leen más que los varones (Rolle). No obstante, la mayor parte de los testimonios afirman que se lee mucho, que se lee más que antes. Es ésta la opinión, en particular, del director de Escuelas Normales de Lausanne, M. Guex, que nos apresuramos a hacer notar, para concluir, pues tiene su peso, como que emana de un hombre tan competente como prudente.

Parécenos que un cuadro que se refiere a un espacio restringido del país, pero cuyos detalles han sido llevados más lejos que en el bosquejo general que concierne al país entero, nos revela mucho mejor el estado real de las bibliotecas en los establecimientos numerosos, pero con frecuencia modestos, de enseñanza secundaria, cantonales y comunales. Pues sin querer deducir de hechos particulares consecuencias generales, ¿sería temerario pensar que el conjunto de la Suiza no difiere esencialmente, en este punto, del cantón de Vaud?

3. *Guías de lecturas y de bibliotecas.*—Obras diversas y benéficas para la difusión de los buenos libros han nacido en varias ciudades, en particular en Basilea, en Zurich, en Berna, en Lausanne, en Ginebra, en Lucerna, en Friburgo, en Ingelbühl y en otros lugares. No entra en nuestro propósito hablar de ellas. No diremos nada tampoco de las Comisiones especiales de tales o cuales cantones, que tienen por objeto aconsejar a los padres y a los educacionistas en la elección de libros y lecturas, ya sean oficiales y nombradas por el Estado, como en Saint-Gall, ya sean instituidas por el cuerpo docente, como en Turgovia. Pero indicaremos brevemente algunas instituciones que extienden su actividad a una buena parte de Suiza y representan una fuerza moral considerable.

La más antigua y la más activa es, sin contradicción, la que se titula *Jugend-*

*schen Lehrervereins*; ha festejado su cincuentenario en 1908.

En 1849, al día siguiente de los trastornos que sacudieron a Europa entera y que modificaron tan profundamente la fisonomía de la vieja Suiza, se fundaba la *Asociación Suiza de Maestros*, con el objeto de trabajar para la escuela y la educación por la realización de las ideas nuevas y por el espíritu de la nueva Constitución. En 1854, la Sociedad suiza de utilidad pública atraía la atención de la joven *Asociación* sobre el problema de la lectura juvenil, y la invitaba a estudiarlo y a obtener una solución satisfactoria. En 1858, los maestros suizos, reunidos, por tercera vez, en Lucerna, establecían una Comisión permanente, con el cargo de examinar los libros destinados a la infancia y a la juventud, de formar una lista de ellos y de indicar los que parecieran de alcance educativo y literario más notable. Esta lista fué propuesta por la primera vez a la Asamblea de Zurich en 1861, y desde 1862, el órgano de la Sociedad, la *Schweizerische Lehrerzeitung*, la publicó. En 1869, la Asamblea general decidió editar esas listas en folletos independientes, que debían aparecer, por lo menos cada dos años, bajo el título de *Mitteilungen über Jugendschriften an Eltern, Lehrer und Bibliotheksvorstande*. Estos cuadernos aparecieron en número de 23, de 1870 a 1900, editados por Sauerländer, en Aarau. Desde 1901 aparecen anualmente en la librería de la sección de Basilea de la Sociedad para la difusión de los buenos escritos.

En 1883, la Comisión organizó, en la sección de educación de la Exposición Nacional de Zurich, una biblioteca juvenil modelo. Estas bibliotecas modelo, del precio de 100 francos, que comprendían 130 volúmenes, fueron más tarde instaladas en la Exposición escolar permanente de Berna, en el *Pestalozzianum* de Zurich, en la librería «Zur Kräe» en Basilea. Además, los suplementos literarios del *Diario suizo de los Maestros*, de Noviembre y de Diciembre, contienen, desde 1902, los extractos de las obras aconsejadas para las compras de aguinaldos y de fin de año.

En 1902, el Departamento federal del Interior, entonces dirigido por M. Ruchet, acordó a la *Jugendchriften Kommission* alemana y a la de la suiza romana un subsidio de 1.000 francos, que fué compartido en partes iguales por las dos instituciones hermanas. Con ocasión del cincuentenario de la Comisión, M. K. Uhler ha publicado un resumen detallado de la obra realizada durante ese lapso de tiempo en la *Schweizerische Pädagogische Zeitschrift* (año XVII, 1908, p. 145-176).

En 1911, Basilea recibía dentro de sus muros el vigésimo segundo Congreso de maestros suizos. En esta ocasión la Comisión había organizado una Exposición curiosa y sugestiva de escritos recomendables para la infancia y la juventud, así como su parte contraria, la literatura de pacotilla de aventuras y de crímenes, la *Schundliteratur*, con testimonios concretos y exactos de los perjuicios que ocasionaba. Fué el muy activo y competentísimo presidente actual de la Comisión, M. Hermann Müller, quien presentó la Exposición a los congresistas y determinó claramente la tarea de la escuela y de la educación en la resolución de los problemas de la lectura juvenil y popular. Sus tesis forman un documento harto precioso de la opinión actual en Suiza sobre esta cuestión, viniendo de semejante autoridad, y ha encontrado tal eco en el público escolar, que merece lo que reproduzcamos por entero.

«*Escuela y lectura juvenil.*—1. La escuela no perderá de vista la influencia de una sana lectura apropiada a las aspiraciones del corazón y del alma de los niños.

2. En general, la literatura moderna destinada a la juventud tiene tendencias más bien perniciosas que saludables; estos resultados enojosos son producidos, ora por el fondo y la forma de esas lecturas, ora por el exceso y el desorden en la lectura.

3. La juventud gusta de la lectura; tiene a ella derecho, a condición de que ésta no constituya una traba para el desarrollo físico y para la necesidad de actividad que siente la juventud.

4. En vista de la superabundancia de

lecturas sin valor, o más bien nocivas, las lecturas libres de los jóvenes deben ser sometidas a un control severo; deben estar en relación estrecha con la instrucción general. Sólo las lecturas irreprochables pueden servir a la obra de la educación.

5. La escuela tiene la obligación de satisfacer de manera racional, en unión con la familia, la necesidad de lectura que siente la juventud, impedir sus excesos en ella e iniciarla en el goce de las cualidades literarias de un trozo de lectura o de una obra literaria.

6. A este fin, ella preconiza:

a) Alentar con todos los esfuerzos leales, tendientes a la propagación de buenas lecturas para la juventud, y a la lucha contra los libros sin valor.

b) La organización periódica de Exposiciones temporales de buenas lecturas, de catálogos de buenos libros, de conferencias y de opúsculos.

c) El establecimiento, el desarrollo y la depuración de bibliotecas populares y escolares.

d) La instalación de salas de lectura para niños.

e) La organización de juegos y de excursiones; de jardines de infantes, de trabajos manuales, de producciones musicales.

f) La organización de lecturas colectivas.

7. Para la *lectura en clase*, se debe tener en cuenta las direcciones siguientes:

a) El maestro deberá conocer en todos sus detalles el libro que quiera leer con sus alumnos, a fin de que pueda dar todas las explicaciones útiles.

b) La lectura colectiva de escritos para la juventud no podrá limitarse a las horas de lectura; por razones pedagógicas y prácticas, la lectura a domicilio deberá ser puesta a contribución.

c) El objeto inmediato de la lectura colectiva es el goce pasivo de los alumnos. A este fin, se esforzará en obtener el mayor número de efectos posibles de los libros sometidos a lectura.

d) La inteligencia literaria profunda y el despertar del interés serán estimulados

por comentarios sobre la composición, la verdad psicológica, el carácter moral, sobre el medio, la acción, los diálogos, etc.

e) Los comentarios no se adjuntarán a la lectura, sino en tanto que no obstaculicen el goce de las obras literarias.»

La última entrega de los *Mitteilungen*, publicada por la *Jugendschriften Kommission* de las *Schweizerischen Lehrervereins* es la 36.<sup>a</sup> (1913). Más de 7.000 volúmenes han pasado por el tamiz en esos 36 cuadernos. Además, cada uno de ellos contiene una advertencia más o menos larga, la cual expone con mucha seriedad y competencia un tema que se refiere a la lectura escolar y popular. El 29.<sup>o</sup> en particular, de 1906, contiene un artículo de Otto von Greyerz, entonces profesor en Berna, actualmente maestro en el *Landerziehungsheim* de Glarisegg, que trata a fondo de los principios que deben guiar a los educacionistas en la elección de los libros que se pongan en manos de los jóvenes. Se puede diferir de opinión respecto a las ideas audaces emitidas por el autor; pero no se podrá desconocer su originalidad ni su fuerza vehemente.

Además de los *Mitteilungen*, de una tirada de 1.000 ejemplares, y del catálogo de los libros de aguinaldo que aparecía en Noviembre y en Diciembre en *Schweizerische Lehrerzeitung*, de tirada aparte, de alrededor de 30.000 ejemplares, para ser distribuido gratuitamente a los escolares, la *Jugendschriften Kommission* publica la *Illustrierte schweizerische Schülerzeitung*, una revista mensual para alumnos primarios (12 a 16 años), que está en su año 28.<sup>o</sup> (Redacción: C. Uhler, Dozwil; edición: Bühler y C.<sup>o</sup>, Berna) y *Jugend-Born*, revista mensual para alumnos de las escuelas primarias superiores y secundarias (12 a 16 años), que tiene 7.500 suscriptores (Redacción: C. Fischer y J. Reinhart, Berna; edición: Sauerlander, Aarau). Además, ha patrocinado la publicación de obras de escritores suizos destinadas a la juventud, las de Johanna Spyri en particular; hasta ha editado algunos volúmenes desde 1899, en Basilea, en la librería de la Sociedad, para la difusión de los buenos

libros, entre otros, tres volúmenes de obras selectas de poetas suizos y contemporáneos.

Más reciente, y de historia más breve, es la *Comisión para la elección de las lecturas destinadas a la juventud y a las bibliotecas escolares y populares*, nombrada por la *Sociedad pedagógica de la Suiza romana* el 11 de Diciembre de 1901. Reunióse por la primera vez en Neuchatel el 23 de Febrero de 1902, y publicó su primer folleto ese mismo año en la casa de Ch. Viret-Genton, en Lausanne, bajo el título de «*Boletín bibliográfico* dedicado a los padres, al personal docente y a las Comisiones de bibliotecas». El último, el de 1912, es el undécimo de la colección. El infatigable director de las Escuelas Normales de Lausanne, el señor doctor F. Guex, que preside la Comisión romana desde su fundación, asegura la publicación regular del *Boletín*, y redacta sus cortas, sustanciales y sensatas introducciones. «El cuerpo docente—leemos en la del séptimo folleto—puede hacer mucho para combatir el mal (de la lectura inmoral) y luchar contra esta desviación del gusto del público. El maestro educador no querrá que autores de cuarto orden triunfen en nuestras bibliotecas populares. ¿No es necesario que la elección y la designación de los libros estén de acuerdo con las realidades profundas de la vida de nuestras poblaciones agrícolas y obreras, con esa hermosa religión del deber y del trabajo, que es preciso no dejar jamás de predicar a los niños, en armonía también con las simpatías, las energías, las aspiraciones y las obligaciones del verdadero republicano?» Estas líneas, tan sencillas, constituyen todo un programa, en el cual se refunden las apreciaciones de los miembros de la Comisión.

La mitad del subsidio federal (500 francos) y el auxilio financiero y moral de los Departamentos de Instrucción pública de Vaud, Neuchatel y Ginebra, sirven para la compra de obras que hay que analizar, lo que asegura la independencia respecto de los editores y la publicación de los modestos folletos del *Boletín*. El trabajo de los

miembros de la Comisión es gratuito. Un ejemplar de los libros cuyo extracto ha aparecido, se remite al Museo escolar cantonal de Lausanne, en donde el público puede consultarlo en todo tiempo.

En 1905, la Comisión abrió un concurso entre los miembros del cuerpo docente primario, con la mira de suscitar la composición de escritos para niños de 9 a 11 años. Una suma de 300 francos ha recompensado los cuatro mejores trabajos.

Los miembros de la Comisión romana son, en el momento actual, los Sres. F. Guex, director, redactor en jefe de *El Educador*, en Lausanne, presidente; L. Laloner, inspector de las escuelas en Corcelles (Neuchatel), vicepresidente; Ch. Perrel, profesor en Lausanne, secretario; W. Rosier, consejero de Estado en Ginebra. Además, el señor y la señora Quartier-la-Ténte, en Neuchatel, prestan su desinteresado concurso para numerosas reseñas de libros.

La *Asociación católica suiza de educación*, por iniciativa de su presidente, Mons. Tresp, en Berg-Sion (Saint-Gall), ha resuelto editar un catálogo de las publicaciones recomendables para la juventud de su confesión. Este catálogo ha aparecido en 1907 en la librería de la Unión, en Soleure, bajo el título de *Katalog empfehlenswerter Jugend-Vorschriften für die katholische Schweiz*. Comprende más de 3.000 números. Un prólogo corto y sustancial da útiles direcciones sobre las lecturas privadas y la organización de las bibliotecas juveniles. Desde la aparición de esta lista de libros, o sea desde 1908, los educacionistas católicos de la Suiza alemana están informados respecto a las publicaciones recientes, por medio de un Boletín trimestral, que va anexo como suplemento al órgano de la *Asociación*, los *Pädagogische Blätter* (Benziger, Einsiedeln). Los resúmenes son cortos, pero nutridos y precisos; han prestado los mejores servicios a las numerosas bibliotecas parroquiales y escolares de la Suiza alemana católica. Los redactores de este catálogo son los señores canónigo Peter, en Bero-munster (Lucerna); Leonhard Peter, en

Mehrerad (Bregenz); J. Müller, maestro en Gossau.

La *Asociación católica de educación pública*, además, los periódicos siguientes, para los niños y los jóvenes de ambos sexos: *Ernst und Scherz y Chistkind-Kalender*, en Einsiedeln; *Kindergarten*, en Einsiedeln; *Sankt-Elisabehts Rosen*, en Lucerna.

La Suiza católica romana está menos bien servida; ha debido hasta ahora utilizar los catálogos, numerosos y buenos, a la verdad, que publican sus correligionarios de Francia. Una Comisión especial para la elección de los libros destinados a las bibliotecas escolares y parroquiales católicas acaba de ser nombrada (en Julio de 1913) por el Comité romano de la *Asociación católica popular suiza*. Publicará por el momento sus extractos o resúmenes en el *Boletín de la Asociación*. La sociedad valense de educación patroniza un diario mensual para escolares, *El Joven Católico* (Pignat, Lion). El punto de vista católico en la creación y la organización de las bibliotecas juveniles y populares ha sido expuesto con mucha sensatez en un folleto emanado del vicepresidente de la *Asociación católica popular suiza*, el señor Georges de Montenach, *El problema de la lectura popular* (librería de la Universidad, Friburgo, 1910).

La escuela, se ha dicho con frecuencia, debe preparar para la vida. Ahora bien; el libro está tan íntimamente ligado a nuestro modo de vivir contemporáneo, que la escuela no puede desinteresarse del aprendizaje de la lectura inteligente. No basta, en nuestro concepto, fundar ricas bibliotecas; es preciso formar buenos lectores. Es preciso enseñar al alumno a vivir su lectura, a aprovecharla para su instrucción general y profesional, a disfrutarla de una manera reconfortante y sana.

Un pedagogo contemporáneo ha hecho esta observación, muy justa: «Cuando los niños, después de la salida de la escuela, se olvidan del empleo de los libros, es que no han aprendido en la escuela más que la lectura maquinal, y no la lectura inteligente». Y otro: «El valor de una escuela se

mide según el valor de las lecturas preferidas por los alumnos que de ella salen». La tarea del maestro no está, pues, terminada cuando ha reunido una colección considerable de libros bien elegidos; es preciso todavía que enseñe a sus alumnos a servirse de ellos. Entonces solamente la biblioteca escolar se convertirá en factor útil y eficaz de educación y de vida.

### MENDACIDAD

por Miguel de Unamuno,

Profesor en la Universidad de Salamanca.

Pocas cosas me han abatido y entristecido más el ánimo de español que lo que oí una vez decir a un amigo mío, hombre agudo y desapasionado, que había recorrido una parte de Europa estudiando instituciones de enseñanza pública y, sobre todo, residencias de estudiantes, casas de pensión e institutos análogos. Y es que venía muy dolido del mal concepto que en general se tenía por ahí fuera de los estudiantes españoles. Acusábaseles de varias faltas y, sobre todo, se decía de ellos que son, con los griegos, los más embusteros de todos. La mendacidad aparecía como un triste estigma inmoral de nuestro pueblo. Y es cosa sabida que la mendacidad es hermana mielga de la mendicidad. Es altamente simbólico esto de que sólo discrepen en un sonido las sendas expresiones verbales de esos dos vicios mellizos.

Hay que hacer observar, como creo haberlo dicho otra vez, que ha habido un tiempo en que los más de los jóvenes que salían de España a estudiar en el extranjero no eran, ni con mucho, de lo más escogido moralmente. Solían ser muchachos de que sus padres no podían hacer carrera, señoritos—¡esta horrible clase española!— que iban a pasearse dándose un baño de europeísmo o a divertirse malgastándoles los cuartos a sus padres, o tal vez para poder decir luego que habían estudiado en el extranjero y traerse un título de esos de exportación que dan desdeñosamente a los que no han de hacerles competencia. Sé de una ciudad extranjera donde durante mu-

cho tiempo se ha tenido a los señoritos españoles por cretinos—era la expresión—, juzgándolos por los que conocían de un instituto español allí desde hace siglos establecido. Y no sé si la cosa ha cambiado. Porque hasta los que nada tenían en rigor de cretinos parece que llevaban una vida, la del señorito español bien acomodado, a propósito para hacer creer en su cretinismo. O por lo menos en su filisteísmo, y a las veces beotismo. Todo parecía interesarles, si es que algo de veras le interesaba—lo característico del español es que fuera de casa no le interesa nada—, menos los valores de cultura.

Pero eso de la fama de mendacidad es cosa terrible.

Pensando luego muchas veces en ello, he creído que de todos nuestros males públicos, el más fatal es este de la embustería. No creo que seamos peores que otros pueblos en estos respectos, pero basta que seamos uno de los pueblos más embusteros para que todas nuestras buenas cualidades no nos den el fruto que debieran darnos.

La mentira es el arma de los débiles, y en tal sentido defendió Schopenhauer la licitud de su empleo. Pero así como hay una mentira defensiva, hay otra ofensiva. Y es natural que Schopenhauer defendiera el empleo de una arma si la creía eficaz, pues es sabido que en su casta llaman defenderse al agredir. En lo que, por otra parte, no les falta razón, pues un lobo que se echa sobre una oveja para devorarla, lo hace para defenderse del hambre. Y así no es fácil saber cuándo una mentira es defensiva y cuándo es ofensiva. Lo que la experiencia enseña es que cuando uno se acostumbra a esgrimir la mentira para defenderse, acaba por esgrimirla sin necesidad defensiva alguna, por ejercitarse en su empleo y hasta por pura virtuosidad y técnica.

Acaba uno por enamorarse de la mentira por la mentira misma. Se hace de ella un arte, y cuando se hace un arte de la mentira, acaba por no ser el arte más que una mentira. Y ya a nadie se engaña.

Lo más desconsolador acaso de nuestro régimen de mentira es que ésta a nadie en-

gaña, y así nos acostumbramos a dudar de todo, lo mismo de la verdad que de la mentira. De aquí nuestro tan característico escepticismo público...

¿Y la genealogía de la mentira?

Somos holgazanes. Yo no sé si es que somos holgazanes por ser pobres o es que somos pobres por ser holgazanes. Este problema que tan agudamente ha tratado el Sr. Salillas, lo mismo en *El Hampa* que en su teoría básica del picarismo español, encierra un tremendo círculo vicioso.

Por ser holgazanes somos cobardes. Y la peor cobardía es la cobardía para el trabajo, esa cobardía que lleva a tantos desgraciados a exponer su vida ante un toro, diciéndose con el *Espartero* aquello de: «¡más cornás da l'hambre!» Y la holgazanería espiritual a su vez lleva a los otros, a los aficionados, a la cobardía mental de admirar a los que arriesgan su vida ante el toro, ya que esa admiración no exige esfuerzo alguno de inteligencia. Porque la inteligencia de los llamados *inteligentes* en eso es una de las peores plagas que nos afligen.

Por ser cobardes, somos pordioseros. Nuestra característica mendicancia no es sino hija de cobardía. Porque aquí se mendiga todo, hasta la justicia. Y a quien no la mendiga, le llaman soberbio. Que es hoy el título más honorífico en España.

Cuando uno se niega a mendigar, dicen que quiere imponerse. Ya saben mis lectores aquello de: «¿Con imposiciones a mí? ¡No las tolero!» Que es el modo de sacudirse de hacer justicia. Si uno la pide dignamente, le contestan con embustes o con dilaciones y evasivas, y si hartado de soportar habilidades, alza la voz de hombre libre y esgrime la verdad, entonces es que quiere imponerse. Así, al menos, piensa la canalla.

Y por mendigos somos embusteros. El arma de la pordiosería es el embuste. El mendigo tiene que mentir, porque cuando a un mendigo se le ocurre mendigar con la verdad—y se ha dado casos de ello—, ha tenido que morir de hambre. O ha resultado el tipo estupendo del mendigo orgulloso. Sabido es, en efecto, que el orgullo

consiste en esgrimir la verdad y defenderse y atacar con ella. En cambio, lo que se llama humildad o modestia no suele ser más que el artificio doloroso de la mentira.

Toda la reforma moral, y por lo tanto política, de España, no estriba más que en establecer el amor y el respeto a la verdad y a la veracidad.

El amor no es más que veracidad, y así, aquellas palabras del divino Maestro de que al que ama mucho le será perdonado mucho, cabe trasladar diciendo que al que sea veraz le serán perdonados sus pecados. Sólo a un hombre prometió la gloria eterna él, el Cristo, y ese hombre fué un bandolero que se confesó, que fué veraz, que no calló lo que sentía de sí y del otro.

Un ámbito plúmbeo de mendacidad constriñe a nuestra vida pública, y es la más terrible mendacidad, la del secreto en que están todos. Todos, en efecto, están el secreto, y por eso es más secreto aún. La verdad puede pasearse desnuda por las plazas sin que nadie la vea. Por ir desnuda no la ven. Y si se viste, sólo ven su vestidura y no la ven a ella. Y la vestidura de la verdad invisible resulta una terrible mentira. Con esos vestidos visten un maniquí cualquiera.

Conocí un hombre diabólico, especie de Maquiavelo provinciano, exento de la vanidad de su maquiavelismo. Es decir, que así como hay quienes dejan de ser hábiles con tal de parecerlo—y entre éstos se cuentan no pocos de los que pasan por maestros consumados en habilidades—, ese hombre diabólico de que digo dejaba de parecer hábil con tal de serlo. Era, en fin, de los que saben hacerse el tonto. Y en cierta ocasión de unas elecciones senatoriales, decía a uno de los dos candidatos: «¡mire usted, señor X, yo no tengo más remedio que decir a Z que le he de votar y hacer creer que le votaré, ¡pero mi voto es para usted!»; y luego se iba a Z, y le decía lo mismo con relación a X, y es que prometería a éste su voto, pero para no dárselo, y al cabo se vino a mí y me dijo lo que había dicho a uno y a otro, y cómo aseguraba a X que engañaría a Z prometiéndole su voto y aseguraba a Z que engañaría a X prometiéndolo.

selo. Y a mí, que no era candidato ni mucho menos, no podía engañarme, y me decía: «verá usted, mi papeleta llevará tal marca». Y en efecto, salía una papeleta con aquella marca de infamia. Y el hombre que hacía esto era un hombre hábil que no necesitaba mentir para engañar.

Acaso lo de decir siempre la verdad, créanla o no oportuna los hábiles y los discretos, según la feria, sea todo un programa y sin otra cosa alguna. Ponerse cara al oleaje del porvenir sin más soluciones que la de no callar la verdad y que de su declaración surja la solución que haya de aplicarse. Que si ante un hecho se dice toda la verdad, toda y sola la verdad, la verdad entera, y no más que ella, al punto se ponen todos los hombres de buena voluntad de acuerdo en lo que hay que hacer. Y ante el secreto o la mentira, todos disienten, aunque parezcan conchabarse. Sólo la verdad une (1).

#### LA PSICOLOGÍA DE LA CONDUCTA (2)

por B.

*La necesidad de una Psicología social*, por John Dewey. — En 1890 publica William James sus *Principios de Psicología*, y en 1891 se organiza la *American Psychological Association*. No es fortuita esta circunstancia, porque el influjo de James en sus contemporáneos es extraordinario. No podrá comprenderse ninguna discusión sobre el pasado y el porvenir de la Psicología social, por ejemplo, sin recordar las pocas pero admirables páginas de los *Principios*, consagradas al yo social, y, en la discusión de los instintos, a las reacciones nativas de los seres humanos en presencia unos de otros.

Tarde, cuyas *Leyes de la imitación* se

publican en el mismo año que los *Principios*, reconoce también la necesidad, para los fines sociales, de un tratamiento más científico de la naturaleza humana colectiva, y el papel importante de la psicología para la elaboración de la nueva ciencia social. Mientras James se ciñó a las sugerencias concernientes a las nuevas formas que adoptan la experiencia humana y el yo, a causa de la presencia de otros individuos humanos, Tarde intentó una interpretación ambiciosa de casi todos los hechos de la organización social y de su progreso y degeneración en términos de ciertas rúbricas a las cuales dió valor y cualidad psicológica.

No menos valor tienen en el campo de la psicología social la labor de Mc. Dougall y Thorndike, y los escritos, que abordan este aspecto social, de Graham Wallas. Aparte de las valiosas contribuciones de detalle, la significación de estas contribuciones está, a mi juicio, en separar a la psicología social del equivocado camino en que la habían encauzado las escuelas de la Imitación y la Sugestibilidad. Estas escuelas aceptan la antigua y popular antítesis práctica entre lo individual y lo social, estableciendo así dos ciencias independientes y aun contrarias — la psicología individual y la social —. Como ejemplo concreto de los resultados absurdos a que llevaba esta antítesis, bastará referirnos a aquellos bizarros escritos sobre la psicología de la muchedumbre, en los cuales se suponía que la psicología de lo individual aislado es reflexiva y racional, mientras que la irracionalidad y las obsesiones emocionales del hombre explican su psicología cuando se asocia con los otros. El verdadero problema no está en las relaciones de una psicología mística de un espíritu individual aislado, con la psicología aún más mística de una masa o multitud o espíritu público, sino que es el problema de las relaciones de las actividades originales o nativas con las capacidades y hábitos adquiridos. De aquí que nuestra psicología social se establezca sobre la base segura de la observación de la conducta instintiva. La cuestión entera de la imitación, por ejemplo, se

(1) De la *Colección Ariel*, año XI, vol. III. San José de Costa Rica.

(2) Creemos interesantes estos dos artículos de la *Psychological Review* (Julio), porque exponen dos aspectos complementarios del movimiento quizás más interesante de la psicología actual y, desde luego, el más importante en la psicología norteamericana: la corriente que se llama «Psicología de la conducta» (*Behavior*).

reduce a una cuestión de hecho: ¿Es el espíritu de imitación una de las tendencias originales de la naturaleza humana, y si es así, cuál es su intensidad y modo de actuar en conjunción con las otras actividades no aprendidas?

La concepción indicada de la psicología social hubo de ser formulada por el profesor W. I. Thomas, en su informe al Congreso de San Luis, en 1904. El problema, por una parte, consiste en conocer las modificaciones introducidas en la constitución nativa del hombre por el hecho de que los elementos de sus dotes nativas operan en este o aquel medio social; por otra parte, necesitamos conocer cómo el control del medio ambiente puede asegurarse mejor por medio de la actuación de esta o de aquella capacidad nativa. Bajo estos encabezamientos generales se resumen la infinidad de problemas especiales y difíciles referentes a la educación, por una parte, y a la modificación de nuestra institución social, sobre la otra. Formar un espíritu con la base de ciertos instintos nativos, seleccionando un ambiente que los evoca y dirige su curso; reformar las instituciones sociales, quebrantando los hábitos y dando una intensidad y un alcance peculiares a algún impulso, es el problema del control social en sus dos fases. Describir cómo tales cambios tienen lugar es la tarea de la psicología social formulada en términos generales.

El desenvolvimiento que queda bosquejado ha sido influido por dos factores aliados: uno es la aplicación de los métodos estadísticos a la investigación psicológica; el otro, el movimiento en favor del «estudio de la conducta». Ninguno de ellos fué bosquejado primordialmente en interés de la psicología social. Las exigencias de la educación han sido, sin embargo, un agente poderoso para promover el primero en cuanto que la educación presenta, desde luego, una fase del problema del control social. Hablando más ampliamente, los fenómenos sociales son de tal índole que exigen la aplicación del tipo de la matemática estadística más bien que el que se utiliza en los fenómenos matemáticos. Con-

dorcet, en su gran ensayo sobre *Los progresos del espíritu humano*, prevé un futuro, en el cual las combinaciones humanas habrán de ser reguladas por la ciencia.

El movimiento a favor del estudio de la conducta tiende inevitablemente a confirmar la tendencia de los escritos de James, Mc. Dougall y Thorndike. Traslada la atención desde las vagas generalidades referentes a la conciencia y al espíritu social, a los procesos específicos de la interacción que tiene lugar entre los seres humanos y a los detalles del grupo de conducta. Pone de relieve la importancia del conocimiento de las actividades primarias de la naturaleza humana y de las modificaciones y reorganizaciones que han sufrido al asociarse con las actividades de los demás. Esto simplifica el problema entero, poniendo en claro que las instituciones y combinaciones sociales, incluyendo el aparato entero de la tradición y la trasmisión, representan simplemente las transformaciones adquiridas de las dotes humanas originarias.

Esto permite la posibilidad de un método positivo para analizar los fenómenos sociales. Es notoriamente inaplicable el método de la psicología introspectiva a la psicología social, y, sin embargo, la mayor parte de los psicólogos de los pueblos, de la escuela alemana y austriaca se han dejado influir por una pretendida necesidad de que los métodos y los resultados de la psicología social, se conformen con las categorías heredadas de la psicología introspectiva. La tendencia de «la conducta» nos redime de esto, representando no una mejora de detalle, sino un modo distinto de ataque.

Precisamente, una de las cosas que se dibujan claramente en el horizonte es la emancipación de la psicología social, de los influjos que evitan su propio, peculiar y característico desarrollo. Luego habrá de venir, fácil también es preverlo, un influjo reflejo de la psicología social sobre la individual. Parece inevitable la conclusión de que, puesto que el «espíritu» no aparece en la lista originaria de los instintos, representará algo adquirido. Representa una reorganización de las activida-

des originarias mediante su actuación en un medio dado. Es una formación, no un *datum*. Un producto y sólo una causa después de haber sido producido. Y aunque teóricamente fuera posible, prácticamente es improbable que la reorganización de las actividades nativas que constituyen el espíritu, pueda ocurrir mediante su ejercicio en un medio puramente físico; no se concibe bien esa reorganización sino en un medio puramente social.

La consecuencia siguiente del nuevo tipo de método psicológico es la de que lo que llamamos «espíritu» significa esencialmente, como pensaba Tarde, la actuación de ciertas creencias y deseos, y que éstos en lo concreto—en el sentido único en que puede decirse que el espíritu *existe*—, son funciones de la conducta asociada, que varían con la estructura y operación de los grupos sociales. Por un cierto género de vida asociada o conjunta de ciertos seres surge un inesperado producto—la formación de aquellas disposiciones peculiares adquiridas, tendencias y actitudes, que se llama espíritu. Este producto gana diariamente en importancia relativa. Es la adquisición cada vez más significativa entre todas las reorganizaciones variadas de tendencias nativas. Que todo lo que puede ser llamado propiamente espíritu o inteligencia no es una posesión original, sino una consecuencia de la manifestación de los instintos bajo las condiciones ofrecidas por la vida asociada en la familia, la escuela, el mercado y el foro; no es una influencia remota de una reconstrucción especulativa del espíritu del hombre primitivo; es una conclusión confirmada por el desenvolvimiento de las creencias, ideas y propósitos específicos en la vida de los niños que ahora podemos observar.

*Relación entre la Psicología estructural y la psicología de la conducta*, por A. P. Weiss.—Este artículo se propone mostrar que los problemas del estudio del espíritu, que constituyen los de la psicología estructural, pueden ser estudiados desde el punto de vista de la conducta, de acuerdo con los métodos empleados en las ciencias naturales y con mayor grado

de sencillez del que es posible desde el punto de vista estructuralista. No se ha hecho ninguna tentativa para determinar si la doctrina de la conducta es o no psicología.

El término «psicología estructural» significa el tipo de investigación que presume que hay un dato existencial llamado espíritu o conciencia, dentro del cual pueden discernirse diferencias últimas que se denominan: 1) sensaciones, 2) imágenes, 3) afecciones. Éstos se consideran usualmente como los elementos en que la conciencia puede ser analizada. Por este análisis se aspira a llegar a describir la conciencia en toda su complejidad y en los términos de estas tres clases fundamentales de la conciencia. La fase explicativa del problema estructuralista es la determinación de las correlaciones nerviosas del estado de conciencia. El método directo de este análisis estructuralista es la introspección. En condiciones normales, no puede realizarse bien, y por eso es costumbre crear una situación experimental semejante a la que ha de ser analizada, en la cual se pide al sujeto que describa los estados mentales que ha observado durante el experimento. Estas relaciones de los estados mentales se tratan, luego, estadísticamente.

Un número creciente de psicólogos creyeron que las sensaciones, las imágenes, los recuerdos, los pensamientos, las emociones y los afectos, etc., eran causas o antecedentes invariables de ciertas formas de la conducta humana. Esto les llevó, naturalmente, a preguntarse cómo la conciencia se relacionaba con los cambios en la forma de la conducta humana. Ahora bien: como nadie niega que para modificar la conducta debe tener lugar un cambio correspondiente en los procesos nerviosos correlativos de la conciencia, esta investigación viene necesariamente a formularse así: ¿cómo puede la conciencia cambiar la dirección de un proceso nervioso? En su forma más general, esta cuestión es una investigación de las relaciones entre el espíritu y el cuerpo. En la psicología animal, el problema del espíritu y el cuerpo no es

tan agudo para los zoólogos psicólogos que estudian la conducta animal; y el éxito que estos investigadores han tenido al explicar algunas de las formas más complejas de la conducta animal en términos puramente nerviosos (tropismos, reflejos, instintos) ha llevado a algunos psicólogos a preguntar si la conducta humana no pudiera ser colocada en la misma categoría que la conducta animal y explicada sin la introducción de un factor mental o consciente.

La tentativa de resolver esta cuestión por la aplicación del punto de vista de «la conducta» en formas tan relativamente simples de la conducta humana como los reflejos y la acción automática, fué coronada por un éxito considerable; pero para la conducta más compleja de la cultura, la explicación estrictamente nerviosa no es fácilmente aceptada por los psicólogos. No es ahora cuestión el exponer el problema de «la conducta» en detalle, salvo para indicar que este movimiento se ve obligado a determinar las propiedades y las leyes del sistema neuro-muscular, del cual la reacción introspectiva es una parte.

Brevemente, podemos formular el problema del estructuralismo como una tentativa para responder a la pregunta: ¿Qué son nuestros estados mentales, y cómo surgen?, mientras que el problema del movimiento de «la conducta» es: ¿Qué son nuestros actos, y cómo surgen?

Respecto a las relaciones entre el cuerpo y el espíritu, o sea en cuanto al carácter de la conciencia, la discusión de los psicólogos ha llevado a formular las tres siguientes posiciones:

1. La conciencia no entra como un agente causal en acciones tales como los reflejos y los instintos; pero funciona en lo que se conoce usualmente como acción inteligente o voluntaria.

2. La conciencia no puede ser considerada como el antecedente invariable de ningún género de acción.

La primera posición es la adoptada usualmente por la psicología popular y el grupo de los psicólogos conocidos como «funcionalistas», mientras que la segunda es la mantenida por el movimiento de «la psico-

logía de la conducta». La posición de los «estructuralistas» se la conoce ordinariamente como un punto de vista colectivo en el cual hay.

3. Paralelismo entre el proceso consciente y el proceso nervioso sin una relación causal entre ambos. Esta tercera concepción, término medio entre las dos primeras, equivale a sostener que existe una relación funcional entre el espíritu y el cuerpo; pero solamente en el sentido matemático del término función, como cuando hablamos del volumen de una esfera como una función de su radio.

#### RELACIONES ENTRE LA UNIVERSIDAD Y LA INDUSTRIA (1)

por D. Obdulio Fernández y Rodríguez,  
Catedrático de la Facultad de Farmacia.

I. *Causas de la decadencia de las industrias españolas.*—Muchos españoles han observado, aunque no todos se hayan dado cuenta exacta de la causa, que algunas importantes industrias nacionales, perfectamente naturalizadas en el país, hayan arrastrado durante varios años una vida lánguida, y al fin hayan sucumbido. La industria del algodón, antes próspera, ha desaparecido por completo, y las vegas andaluzas, que cultivaban la planta productora de la borra algodona, sustituyeron sus plantaciones por otras que en aquellos momentos se estimaron más remuneradoras, privando a la industria nacional de uno de sus factores más interesantes, con evidente perjuicio para todos y hasta para la defensa de la integridad territorial, porque el algodón es actualmente el *substratum* de los explosivos militares.

Las industrias de hierros y aceros viven, y acaso con holgura, por la proximidad de los yacimientos mineralógicos, y aunque hacen esfuerzos económicos por adquirir materiales e instrumental modernos, van a la zaga de las fábricas de otros países, pues todavía no fabricamos en España más que hierros y aceros de inferior calidad, no

(1) Extracto del discurso de apertura del curso 1917-18 de la Universidad Central

ATENEUM DE LA BIBLIOTECA DEL ATENEUM DE BARCELONA 305

conocemos la producción del hierro eléctrico más que en reducidísima escala, y nos faltan que elaborar las ferro-aleaciones. Lo dicho de las industrias siderúrgicas es aplicable a las del cobre: nuestros criaderos de minerales de cobre han producido metal suficiente para sostener las necesidades de países extraños, y siendo esta industria de las más precisas desde muchos puntos de vista, no se ha fabricado en España más que la cáscara de cobre. El cobre por fusión, y todos los productos que del *cobre fino* pueden obtenerse, hasta llegar a los conductores eléctricos, son industrias que no han tenido aún acomodo entre nosotros.

Y al mismo estado de acabamiento corre riesgo de llegar la fabricación del cinc, si no se utilizan los novísimos métodos de beneficiar la blenda, mineral que hasta hoy no había tenido utilidad alguna.

No cito más que estas industrias, porque son *fundamentales*; docenas de otras que se extinguen o han extinguido citarías; mas juzgo que las antedichas bastan a las tesis que quiero demostrar.

¿Por qué murieron industrias florecientes, por qué no prosperan las que no viven holgadamente? Las antes productivas fabricaciones, bien defendidas muchas veces por el Arancel aduanero, seguían los procedimientos con que empezaron; vivieron en despreocupación absoluta del porvenir; no innovaron, o si lo hicieron, fué sólo imitando, sin poner de la capacidad de sus técnicos más que lo necesario para continuar viviendo. La evolución en el terreno industrial, como en el orden social y en el biológico, es una ley, y por ella, organismo que no evoluciona es organismo que se estanca, que paraliza sus naturales medios de desenvolverse; y como por la misma ley los menos aptos o más atrasados son presa de los más fuertes o de los más capacitados para evolucionar, las industrias que no evolucionaron o que se movieron con escasa rapidez, han sucumbido ante los esfuerzos de aquellas más innovadoras, que las reemplazaron en los mercados, imponiendo sus productos como más baratos o como de superior calidad...

«Nuestros industriales, generalmente pequeños y alimentadores de un mercado pobre, sin pretensiones de exportación, y, por lo tanto, fuera de la concurrencia cosmopolita, no han sentido la necesidad de pagar experimentadores para encontrar algo nuevo, desconocido de los concurrentes, que les permita adelantarse a ellos, triunfar sobre ellos. Y nuestra industria continúa por eso pobrísima, incapaz de luchar ventajosamente en el mercado mundial» (1)...

Con poco que adivine el lector, habrá supuesto que el *atraso científico* es la causa de la desaparición de industrias que tenían carta de naturaleza entre nosotros. Esta aseveración quizá parezca dura a espíritus optimistas en exceso, y como en mí acaso no tenga la autoridad que debe tener por lo que en ella se contiene, buscaré quien la robustezca. Es sabido que en fecha no lejana, por los años 1898-1900, la crisis de las industrias inglesas fué tan grande, que los políticos del Reino Unido trataron de hacerla frente buscando los medios más rápidos y eficaces; las Comisiones y las Ponencias se multiplicaron, y el Sr. Asquith, en el banquete que le ofrecieron los liberales, se expresó en estos términos: «el gran peligro que amenaza al Imperio radica en el hecho de habernos distanciado mucho en materias de instrucción», y el lord Rosebery, inquiriendo las causas de la decadencia económica de Inglaterra, y reflexionando acerca de los medios de mantener su supremacía comercial, trató de las consecuencias de la guerra con los transvaalenses, que al fin consideró como un éxito, «porque ella nos ha enseñado —dice— que hasta aquí hemos vivido al día, y que en la guerra como en el comercio y en la instrucción, hay necesidad de aplicar sobre todo un procedimiento metódico y científico».

En el mes de Junio de 1916, el Ministro inglés de Instrucción pública, Mr. Henderson, convencido de que las causas de la preponderancia alemana en el mercado

(1) Bartomeu y Granell. *Nuestra producción y la defensa nacional*, pág. 86.

mundial eran de origen científico, presentó al Parlamento de su país un proyecto en el que estima urgentísimo organizar la investigación, y del discurso pronunciado con este motivo, tomo este párrafo: «Es cierto que nuestras industrias están más castigadas desde el comienzo de la guerra a causa de nuestra impotencia para producir ciertos artículos cuya fabricación había emigrado al extranjero, particularmente a Alemania, porque la ciencia allí ha sido más completa y realmente aplicada a la solución de problemas concernientes al comercio y a la industria y a la elaboración de artículos de fábrica perfeccionados.»

Estos testimonios son de políticos profesionales bien conocedores de los asuntos de su país, ante el que se han expresado con sinceridad bien notoria. Saldré ahora de la esfera política para buscarlos entre los particulares. Hace un año se reunía en Newcastle la Asociación Británica para el progreso de las ciencias, y su presidente, G. C. Henderson, profesor del Royal Technical College, de Glasgow, manifestó en su discurso cierta satisfacción por el hecho de que la guerra hubiese sacado al pueblo inglés de su indiferencia apática por la ciencia, y porque, gracias a ella, el pueblo y los políticos comenzaban a percibirse de los peligros que resultan inevitablemente de esa actitud. «Si el pueblo británico —añade— llega después de la guerra a apreciar el valor de los trabajos científicos, quizá no hayamos pagado a un precio demasiado crecido su resultado.» Las palabras del profesor de Glasgow son muy parecidas a las de los políticos de su país; pero aun es más explícito que ellos, sin duda porque su posición social no le obliga a callar lo que debe decirse honradamente, y analizando las causas de la inferioridad en que se encuentra Inglaterra respecto de otros pueblos, manifiesta que han contribuido muchas, y que la responsabilidad deben asumirla tres partes, *el Gobierno, los industriales y los profesores de química*, y agrega: «sin embargo, la indiferencia característica del público enfrente de la ciencia, su ignorancia total de los métodos y de los resultados científicos, se-

rán justamente considerados como la causa primera de todo mal». Creo que tratándose de ingleses y de personas tan eminentes como las cuatro citadas, puedo continuar tranquilo pensando no haber expuesto una exageración nacida del apasionamiento por mi oficio.

El atraso científico es positivamente la causa de más valor. Es otra causa la *falta de cooperación*, resultado de la ausencia de sentido colectivo y de la dispersión de los esfuerzos generales que en España se notan, esfuerzos que revelan un laudable deseo de mejora, de aumento del bienestar y aun del patriotismo.

La cooperación es, como la evolución, una ley, biológica y socialmente considerada; un aparato y aun un sistema orgánico no produce la vida; pero sí, en cambio, un conjunto de sistemas marchando al unísono, porque el buen funcionamiento de unos requiere el de otros, y así todos se necesitan y se auxilian para la realización de los procesos que constituyen la vida. De este modo nace la correlación de los actos biológicos, la sinergia vital. En el orden de la industria ocurre lo propio; la industria por sí sola es como un sistema de órganos sin vida propia, aislados del organismo; desenlazada, sustraída a la actividad de la ciencia, la industria no puede vivir. H. Holmes, desarrollando ante la Sociedad química norteamericana el tema de la cooperación de la Universidad y de la industria, pronunció esta frase, de importancia trascendental: «la industria de las materias colorantes triunfa en la actualidad en Alemania, y esa industria se ha desenvuelto en parte por la feliz cooperación de las industrias y de las Universidades, y, en parte, por una favorable legislación..., y en su carácter de interdependencia existe un razonable sentido de cooperación» (1). Antes de que H. Holmes pronunciase este discurso, en Francia se había tratado el mismo asunto; se sentía por todos los interesados en el progreso de la nación vecina la necesidad de estrechar los lazos entre los cen-

(1) Presidencial address. *Journal of American Chemical Society*, 1915.

tros de producción científica y los de producción industrial, y, al efecto, como testimonio de esos sentimientos fué elevado a la presidencia de la Sociedad química, Pascalis, persona dedicada toda su vida a la industria, quien al dar las gracias a la Corporación, habló en estos términos: «No soy diputado ni senador, no tengo ningún bagaje científico ni notoriedad de alguna especie; soy un modesto industrial. ¿Por qué me habéis encumbrado a este puesto? Cinco años he sido Presidente de la Cámara sindical de productos químicos, y siempre me mostré partidario decidido y resueltamente convencido de la necesidad de la colaboración de la ciencia y de la industria químicas. Vuestros votos significan que compartís conmigo esas ideas, y de ello me felicito por el porvenir de la ciencia y de la industria nacionales»...

II. *Necesidad de la investigación científica.*—Con lo expuesto creo suficientemente demostrado que las causas fundamentales del atraso en materia de industrias son esencialmente de atraso científico, y, por ende, todo lo que sea movilizar industria sin antes estimular el deseo de los hombres de ciencia para los trabajos de investigación, es exponer las nuevas industrias a que en plazo breve paralicen sus fabricaciones, por carecer de asuntos de innovación, por no disponerlas desde su origen a evolucionar como las de otros países.

Es, pues, indispensable fomentar el trabajo científico, y no se crea que es una razón profesional la que me induce a expresarme en estos términos, sino la realidad palpitante: los pueblos que se han distanciado científicamente de los que marchan a la cabeza del saber universal, han sufrido rápidamente las consecuencias de su abandono...

Separarse del movimiento científico, no intervenir en él con actividad, equivale a atenuar primero la personalidad, a perderla después y a no figurar en el concierto universal. Trabajar activamente en la obra de producir ciencia es adquirir relieve en el mundo y afirmar el poder material. Hasta hace no mucho tiempo decíase que los

hombres eminentes eran preseas que las naciones podían exhibir para darse tono de ricas en el orden espiritual; y la afirmación en las ciencias abstractas tiene su razón de ser; pero en las ciencias experimentales, en la Física, en la Química y en la Historia Natural, las personas eminentes del saber son máquinas trasformadoras de una fuerza latente en el universo capaz de realizar la obra más grande de la humanidad.

La lucha entre las naciones, dice la *North American Review*, «se reduce a un sencillo concurso en el terreno de la ciencia y de las aplicaciones de la química». «La guerra actual, afirma C. Normand, es una lucha de ciencia.» Un pueblo que dispone de ciencia propia es suficiente a movilizar industrias, a extender el comercio y, como consecuencia, a mejorar el bienestar. Regimientos, cañones y barcos sólo pueden sostenerse con grandes ingresos, y estos ingresos sólo una industria poderosa, movida por una ciencia fuerte, puede proporcionarles; y como lógica derivación de estas ideas, la seguridad nacional se mantiene en íntimas conexiones con la cultura científica; por eso dice nuestro Carracido «que un laboratorio en que se ejercite la inventiva de nuestra raza es más valioso para la seguridad de la independencia patria que el campamento mejor pertrechado» (1)...

III. *La Universidad, centro de investigación.*—Es evidente que la producción científica debe radicar en un organismo, y ese organismo es en todos los países la Universidad, aunque en cada uno esté constituida de distinta manera. Tres tipos de Universidad existen actualmente, según F. Giner de los Ríos (2): el tipo Alemán, el Inglés y el Latino; el primero, propio de los Imperios Centrales; el segundo, de parte de Inglaterra, y el tercero, de los llamados países Latinos y de Sud-América.

En Alemania, la Universidad tiene un fin exclusivamente científico, formador de

(1) Discurso de apertura del III Congreso de la Asociación para el Progreso de las Ciencias, en Granada, pág. 18.

(2) *La Universidad española*, pág. 108.

científicos, y su carácter no es de enseñanza de profesionales. En Inglaterra, la Universidad tiende a educar, y en los demás pueblos tiene dos fines, preponderando el de la formación profesional de las personas que han de ejercer las carreras, pero sin olvidar el fin científico, la tarea de producir ciencia. Sustancialmente no hay diferencia en los actuales tiempos, porque todas las naciones tienen por cierto que la producción científica es el fin primordial de la Universidad...

Corolario de lo expuesto es que el órgano de la Ciencia es la Universidad y que la mejora de ésta supone el mayor progreso de aquélla. En todos los países esto es un dogma, a excepción de España: a la Ciencia aquí no se la ha estimado nunca como debiera haberse hecho, y, por tanto, nadie se ha cuidado de vigorizar los organismos universitarios para ponerles en condiciones de dar los rendimientos que de ellos pueden alcanzarse. Ya parece que las masas han vuelto su mirada a la Universidad apenas se ha iniciado el movimiento corporativo del profesorado; mas no los Gobiernos, que no sólo no ayudan a la Universidad, sino que la ponen trabas, merman su prestigio y cercenan sus atribuciones. Poner trabas a la Universidad es legislar en materia de Instrucción pública prescindiendo de ella, haciendo hoy lo que mañana ha de deshacerse, obligándola a que tome profesores por los procedimientos que a un Ministro caprichoso y arbitrario se le antojen; mermar su prestigio es despojarla violentamente de factores tan indispensables a la enseñanza como el personal auxiliar, no dotarla de los medios económicos imprescindibles para que la investigación florezca y para que la educación profesional se mantenga a mucha mayor altura que en los Centros privados, y, finalmente, cercenar sus atribuciones es desposeerla del derecho del examen de Estado y negarle aptitudes para su propio desenvolvimiento económico.

Prueba irrefutable de las consideraciones que merece la Universidad a nuestros Gobiernos es un hecho reciente: tratábase de hacer un proyecto de protección a las

industrias, y al actual Gabinete se le ocurrió prepararlo burocráticamente y enviarlo al Parlamento para su discusión: las cosas sucedieron como debían suceder; el proyecto fué discutido como pudo serlo, en su aspecto legal, sin que se tratara el más pequeño punto de vista técnico. Estimo que no se hubiera ofrecido al país tan lamentable espectáculo, de haber consultado a los técnicos que en la Universidad dan alguna enseñanza experimental, antes de someter a la aprobación de las Cámaras un proyecto de tanta trascendencia. Con decir esto, no me refiero sólo a la Universidad misma, sino a Sociedades íntimamente ligadas a ella, porque están constituídas por profesores especializados en ciertos ramos del saber. En el seno de esas entidades, hijas de la Universidad, se hubiera puesto en claro el número de industrias que debían de implantarse, cuáles de las existentes son susceptibles de ampliación y qué clase de apoyo podía prestárseles por el Estado. Otra muestra de desvío para con nosotros, fué la creación de la Junta de iniciativas, instituída con el fin de implantar las industrias productoras de sustancias de las que por las anómalas circunstancias que atraviesa Europa podríamos vernos privados, infligiendo graves perjuicios a otras fabricaciones nacionales que se nutren con materias procedentes de los países en guerra. Tampoco allí tuvo la Universidad su representante técnico, a pesar de haberlos de todos los Ministerios, exceptuado el de Instrucción pública, y acaso por esa falta de técnicos, aunque había alguno eminente de otro Centro de enseñanza, terminó tan tristemente el celebrado organismo de cuya actuación esperaba el país grandes progresos...

Esto que ocurre ahora sucedió siempre; España no tuvo dinero para investigaciones de orden práctico más que en la época de Carlos III, y, actualmente, convencida de que la actitud de tacañería en que quiere sostenerse no puede prolongarse por más tiempo, con toda parsimonia va soltando unas pesetillas que, después de muchos rodeos, llegan a los laboratorios. Es muy probable que hoy se encuentren

las clases directoras en el mismo estado en que el malogrado profesor Fages pintaba la masa nacional en los momentos en que se pretendía implantar la enseñanza técnica, allá por los años 1750 a 1760: «Era indispensable—dice—que la masa de la nación, siquiera la medianamente ilustrada, comprendiera su importancia, que se penetrara de su necesidad, que viera la utilidad que debía reportar y sintiera estimación a los que se dedican a ella» (1). Estamos en igual caso, aunque con los términos invertidos, y es fácil demostrarlo glosando unos instantes el discurso del que fué esclarecido maestro de análisis química. Por los tiempos a que me refiero y en los siguientes hasta la guerra de la Independencia, los gobernantes se percataron «del excesivo número de latinos, de médicos, de abogados y de teólogos», y se emprendió una activa campaña para restaurar la ciencia, «difundir las luces y esperar el tiempo feliz de aplicarlas», a cuyo efecto se constituyeron sociedades sabias, se trajeron profesores del extranjero y a las Universidades de fuera se envió lo más florido de la juventud española. A la fatalidad, y no a los elementos directores, hay que imputar el poco éxito de empeños tan loables, porque la guerra de la Independencia puso término a las investigaciones brillantes que empezaron a realizar entre nosotros. Uno de los maestros extranjeros que vinieron a difundir y estudiar la Química en España fué Chavaneau, a quien se encargó por orden superior de estudiar cuestiones químicas relacionadas con la alimentación, y, al efecto, el citado químico emprendió trabajos que publicó en los *Extractos* de la Sociedad Vascongada, con el título de *Aplicación química al caldo de los enfermos*. Pues bien, no hace muchos meses se ha mandado estudiar un género de alimentación, a cuyos efectos son indispensables conocimientos de Química, de Termodinámica, de Higiene y de Fisiología, y se ha encargado de este estudio a un Cuerpo administrativo. Un poco peligroso

es que los altos pierdan lo que los bajos ganen: convertir un monte en valle y un valle en monte supone un formidable cataclismo geológico.

Las grandes potencias no han gozado solamente de los beneficios de la cultura y se han lucrado, con exageración, de las conquistas científicas hechas por las Universidades, sino que alguna debe su existencia a la Universidad. No fué propiamente Bismark quien realizó la unión de los estados germánicos en torno de Prusia; la confederación nació en las Universidades, las Universidades la difundieron y el avisado Canciller recogió los anhelos nacionales y los hizo cristalizar. Desde 1817 se reunían las Universidades alemanas el 18 de Octubre, en Wartburgo, la ciudadela romana donde dicen que Wagner se inspiró para componer la magnífica melopeya de los Maestros Cantores, y allí se lanzó por vez primera la idea de la confederación germánica, proclamando la unidad nacional garantizada por el Estado, idea que los llamados por Eisenach *parlamentos de estudiantes*, convocados en los bosques turingios, defendieron con calor y terminaron por imponerla a los gobernantes.

Innecesario me parece aducir más argumentos para demostrar cuán interesante es la Universidad en la vida de un pueblo, y por eso estimo de gran urgencia acudir con medios de todo orden al desarrollo de la nuestra, reorganizándola, fomentando los cursos de verano, adquiriendo bibliotecas científicas completas, ampliando laboratorios, edificando otros nuevos y sacando la enseñanza de esos antiguos conventos en que hoy se aposenta, para dotarla de locales más adecuados en consonancia con el movimiento científico actual.

No vale argüir que no hay dinero, que nuestra situación económica es un poco difícil. No es razón; sobran Universidades en España, cinco por lo menos de las once existentes, y si el Estado no puede dotar decorosamente todas, suprima las que no se juzguen precisas, porque es preferible contar con media docena de organizaciones bien montadas, siempre dispuesta al

(1) Discurso de recepción en la Academia de Ciencias, 1909, pág. 25.

trabajo, que con una de sombras que aporten escaso o ningún provecho a la cultura nacional.

Plenamente convencido estoy de que la reforma orientada hacia lo experimental, en mayor intimidad de trabajo y de relaciones de profesores y discípulos, tendrá consecuencias favorables para la vida pública española. La juventud que respirase durante varios años atmósfera de trabajo serio, de disciplina y de moralidad, en comunicación no interrumpida con maestros a quienes sólo el hecho de estar dedicados a la investigación de la verdad hace altamente morales, sería capaz, cuando le llegase el turno y de su seno saliesen los gobernantes y directores de nuestra sociedad, de desmontar el tinglado de la farsa y de la ficción en el que actúa con la gente honrada y apta para la dirección del pueblo, lo más cínico y corrompido de la política española...

IV. *Protección que los particulares y las industrias deben dispensar a la Universidad.*—Si al Estado corresponde desempeñar el papel más importante en la tarea del desenvolvimiento industrial, y al Estado toca inmediatamente la protección de la Universidad como principal factor de la vida fabril, fuente de ingresos para sostener la nacional, no por eso las entidades que se lucran con largueza de la obra universitaria deben desentenderse y dejar de colaborar en el orden económico en la Universidad...

¡A qué hablar de esos Mecenas universitarios como Rockefeller, Carnegie y otros, si tan lejos están de ellos los europeos! En los últimos cuarenta años han recibido los centros oficiales de investigación y de enseñanza de Norte América la fabulosa suma de 2.925.000.000 de pesetas, de cuya cantidad 150.000.000 hanse dedicado exclusivamente a la mejora de la enseñanza. Y no se olvide que en ese país hay muchos centros no oficiales dedicados a los trabajos de ciencia pura. Según la estadística publicada por A. P. Fleming, consecuencia de un viaje de inspección a los laboratorios de investigación, existen más de 50 Corporaciones particulares que costean

esa clase de centros, para cuyos trabajos normales invierten anualmente de 20.000 a 100.000 libras esterlinas.

A pesar de que en Europa las cargas militares son abrumadoras, no ha dejado la Universidad de percibir cuotas de gran consideración de las grandes fábricas y de los jefes de Estado. El ejemplo vivo de esta protección es Alemania, y para no citar las grandes Universidades, me circunscribiré a dos, ni de las mejores ni de las más concurridas. Halle ocupa el quinto lugar entre las alemanas, el número de sus estudiantes es próximo a 2.000 y recibe de subvención 1.000.000 de marcos, al que añade sus propios ingresos, estimados en 500.000 marcos. Jena es otra Universidad modesta a la que acuden 1.500 escolares; sin embargo, es de las más atendidas y es el caso más práctico conocido hasta hoy de simbiosis de la Universidad con la industria, que por lo interesante referiré brevemente. Establecióse en Jena por el año 1857 el célebre óptico Zeiss, entonces dueño de un pequeño taller de mecánica de precisión, que comenzaba a demostrar grandes deseos de construir un microscopio; púsose bajo los auspicios del profesor Schleiden, quien en aquella sazón realizaba estudios de histología vegetal; poco tiempo después conoció a un auxiliar de la Universidad, Abbe, que inició los trabajos científicos para llegar al fin que Zeiss se proponía. La dificultad, que no tardó mucho en presentarse y que pareció invencible a los dos socios, fué la de fabricar lentes de distinta composición química que las entonces conocidas, y llamaron en su auxilio a Schott para montar una fábrica de lentes de microscopios, y con tal fortuna trabajaron, que en poco tiempo se consiguieron las lentes apetecidas y se ampliaron los hornos a la obtención de todo género de cristalería para laboratorio, cristalería que no tiene rival en el mundo, lo que quiere decir, que las ganancias obtenidas han sido y siguen siendo fabulosas. Zeiss no olvidó nunca que si su fortuna era debida a sus tenaces esfuerzos, a la Universidad correspondía parte muy principal de ella, y de un lado, como testimonio de

gratitud, y de otro, para que continuase sus estudios en provecho de la industria, la subvencionó espléndidamente, dividiendo en dos grupos los fondos de la donación: uno que se invierte en sostener y agrandar los departamentos universitarios y en mejorar los sueldos de los profesores, que en Jena eran más pequeños que en las demás Universidades alemanas; otro fué destinado a construir un nuevo edificio universitario, que con sus pabellones para Química, Física, Higiene y Mineralogía, vale dos millones de marcos. Este edificio tiene cinco torres, representativas de los cinco grandes protectores de la Universidad; cuatro de las provincias sajonas, que contribuyen con sumas que no bajan de marcos 46.000, y otra, la más alta, es la de la casa Zeiss; esto demuestra, dice Cruchet, «que entre los alemanes el lado puramente especulativo está con frecuencia asociado al exclusivamente comercial» (1).

No hay necesidad de ir tan lejos para tomar ejemplo acerca de la protección que debe prestarse a la Universidad... Bien conocida de todos es la Sociedad de Amigos de la Universidad de París, a la que pertenecen todas las clases sociales, desde el aristócrata más encopetado hasta el más modesto obrero, para que se haga desde estas páginas su apología. Si su conocimiento entre nosotros está muy difundido, no lo está tanto la relativa generosidad de las industrias con la Sociedad química de Francia; pocas grandes fábricas de la República vecina dejan de ser tributarias de la Sociedad química, unas contribuyendo directamente con donativos en metálico y otras con premios que la Sociedad otorga, y que aun cuando sean pequeños, siempre patentizan el alto interés que despiertan los trabajos científicos. Aquí sólo a título de curiosidad, y por si ello da origen a la emulación de las Cámaras comerciales y Sindicatos de fabricación españoles, citaré algunos premios que la Sociedad mencionada concede después de estudiar los trabajos de los aspirantes. En los últimos años habían ofrecido dinero para premios,

la Cámara sindical de granos y harinas, el Sindicato de negociantes de miel, el Sindicato de aceites especiales y el de comercio de vinos y líquidos alcohólicos de París; esto aparte de premios constantes, como el de la fundación Herran, el de Chevreul, el de la Farmacia central de Francia y el Sindicato de productos farmacéuticos, demostración bien palmaria de que todas las industrias que se aprovechan de las ventajas de la Ciencia, procuran estimularla en la medida de sus recursos.

En España hay personas de gran fortuna y de excelente criterio, que prestarían grandes servicios a la Universidad en el orden económico, si ésta tuviera personalidad jurídica para administrarse a sí misma y para disponer de sus propios bienes. Pero da la coincidencia de que esos afortunados intelectual y socialmente conocen bien los defectos de nuestra administración e imaginan lo que sucedería con sus donaciones puestas en manos del Estado, y por eso prefieren, quizá contrariando sus propósitos, que vaya su dinero a parar a Instituciones que puedan administrarlo, o a la Beneficencia pública...

IV. *La reorganización científica e industrial en Inglaterra, Estados Unidos, Australia y Francia.*—Más arriba trascribí un párrafo del discurso del Ministro inglés de Instrucción pública, encargando a las Cámaras legislativas la necesidad imperiosa de organizar la investigación científica desde el punto de vista de sus aplicaciones al comercio y a la industria; quiero ahora agregar que ese Ministro propuso las medidas que juzgó apropiadas, llevando al presupuesto la partida necesaria para sufragar los gastos de los organismos encargados de ejecutarlas. Propone el Ministro Henderson la creación de un Comité consultivo, formado por las personas más eminentes en ciencias experimentales del Reino Unido, para que informe acerca de los siguientes puntos:

- 1.º Institución de organismos de investigación científica.
- 2.º Desenvolvimiento de los ya existentes.

(1) *Les Universités Allemandes*, pág. 209.

3.º Creación de becas para los investigadores.

Este Comité, que ha de mantenerse en relaciones continuas con las Asociaciones de ingenieros, con el laboratorio nacional de física y con la Sociedad Real de Londres, y cuyo funcionamiento durará cinco años, está dotado con una cantidad anual oscilante entre 25 y 40.000 libras esterlinas.

Esta medida ha sido estimada como una vindicación de la labor científica, y ha sido para muchos el reconocimiento de que el Estado ha faltado hasta ahora en lo que se relaciona con las medidas convenientes a sostener el trabajo de investigación en las ciencias experimentales. Existe hoy en Inglaterra la esperanza general de que los gastos que el Comité consultivo origine serán en breve reproductivos, y de que los Gobiernos no se contentarán con la nueva organización, sino «que adoptarán otras medidas en el mismo orden de ideas».

La acción oficial ha encontrado asiduos colaboradores entre los particulares, y pronto se han constituido dentro del Comité nuevas Subcomisiones, que han formulado sus respectivos proyectos, de entre los que hay uno elaborado por la de relaciones comerciales que ofrece el más alto interés y se presta a meditados estudios. La expresada Subcomisión entiende que del dinero asignado al Comité consultivo debe destinarse la mayor parte al progreso de la enseñanza técnica e industrial, y que las Universidades deben extender el radio de acción de sus investigaciones a la industria de los distritos en que están enclavadas. A estos efectos, los industriales se dirigirán a la Universidad directamente o por intermedio de las Asociaciones comerciales, que deben crearse donde no existan, manifestando las necesidades de las industrias locales y ofreciéndolas la colaboración económica precisa, si la del Estado fuese insuficiente...

Las Universidades de los Estados Unidos y sus similares, las estaciones agronómicas, etc., trabajan arduamente en la investigación científica; pero aun allí se estima que no es suficiente esa labor asi-

dua y tenaz, que es preciso reforzarla, y como el Jefe del Estado lo entiende también así, dirige una comunicación a la Academia de Ciencias reiterándole la urgencia de buscar más amplio desenvolvimiento a la cultura, y la encarga de establecer el *National Research Council*, con el fin de coordinar el trabajo científico de investigación «para utilizar éste en el desarrollo de las industrias americanas, para la aplicación de los métodos científicos que tiendan a reforzar la defensa del país y cualquier otra aplicación de la ciencia a la seguridad y a la prosperidad nacionales». Un éxito clamoroso ha tenido esta iniciativa de Wilson, pues todas las Sociedades formadas por el elemento intelectual yanqui se han propuesto secundar los planes del *National Research Council*. Una de las Sociedades que más parte activa toman en ese movimiento es la de Química, la cual, en su reunión en Kansas, acordó ver y con simpatía la orientación del Presidente y ofrecerle el concurso entusiasta de todos los químicos norteamericanos.

El Comité químico instituido por el *National Research Council*, formado por los Presidentes de la Sociedad de Química y de la de Biología, de la Asociación para el progreso de las ciencias y de la de agricultores, del Instituto de Química industrial, del Director del Instituto Mellon, de tres miembros del Consejo de Marina y de ocho de la Academia de Ciencias, ha comenzado por hacer el censo de todos los químicos norteamericanos para dividirles en grupos, según las especialidades, en relación con las materias en que han de ocuparse para los fines de la guerra, sin tener en cuenta la profesión, porque la mayor parte de los problemas a resolver están relacionados con más de una ciencia; la fabricación del ácido nítrico, por ejemplo, interesa por igual a los militares, a los agricultores, a los mineros y a los fabricantes de otras sustancias en que sea preciso el citado compuesto.

El *National Council* hállase de acuerdo con el de la Defensa nacional, y éste ha reconocido, en su sesión del 28 de Febrero del corriente año, que aquél ha organi-

zados las fuerzas científicas del país a los fines de la mejora de su bienestar y de su defensa.

Tales entusiasmos está provocando el Consejo de investigación, que el Presidente del Comité de Química, Bogert, explicando cuál y cómo debe ser la actuación de los químicos en el presente estado de cosas y encareciendo la urgencia de emprender trabajos científicos para la seguridad y defensa de la Patria, pide al Gobierno que no se permita el alistamiento de aquellos técnicos que por su valía intelectual deben quedar en la *Reserva de investigadores*, donde pueden ser más útiles a la Nación.

Australia también ha tomado las medidas que la previsión ha aconsejado a sus gobernantes, que quieren a todo trance buscarse la independencia económica necesaria para su expansión, y a este objeto, ha creado un Comité consultivo integrado por universitarios e industriales, Comité que ha propuesto inmediatamente la organización de un Instituto científico e industrial (*Commonwealth Institute of Scienza and Industry*), presidido por tres personas, dos científicos eminentes y una de negocios de capacidad financiera bien probada. Este organismo se informará de los problemas industriales que necesitan resolución urgente, promoviendo las investigaciones científicas indispensables, organizará una oficina informativa al servicio de los industriales del país, creará un laboratorio análogo al nacional de Física de Londres y dirigirá los trabajos experimentales, indicando al Gobierno los medios y la oportunidad de ayudar los estudios de Ciencia pura...

---

## ENCICLOPEDIA

---

### LA ESTRUCTURA SOCIAL

por D. Francisco Rivera Pastor.

«El mejor método — dice Aristóteles al principio de la *Política* — es el que, remontrándose al origen de las cosas, examina cuidadosamente su desarrollo.»

La actividad social se muestra desde su origen como un movimiento local en el espacio, que tiende a ensanchar su círculo de acción, y como un movimiento ascendente, que tiende a intensificarla y hacerla duradera en el tiempo.

Al primer aspecto de la actividad social corresponden las luchas de las razas por la dominación de las tierras, que estudia Ratzel en su *Antropogeografía*; al segundo, la iniciativa y propagación de las ciencias, de las artes útiles y de la cultura del espíritu, que se engendra por virtud de la inteligencia inventiva de los magos y profetas, según lo muestra Wund (1), y más recientemente Vier Kandt, en sus interesantes estudios sobre la Magia (2).

El movimiento social es un movimiento físico, cuando los pueblos y razas cambian de lugar geográfico, buscando las tierras más fértiles o mayor amplitud al ámbito donde se mueven; este éxodo de los pueblos lo ve Ratzel determinado por la tendencia connatural de la especie, que arraiga profundamente en sus más remotos orígenes ascentrales, a extenderse por la tierra y dominarla, el cual tiene como inmediata consecuencia, la sujeción de los débiles por los fuertes, quienes, al instalarse en las tierras nuevamente conquistadas, someten a la esclavitud a las gentes que las poseían, sirviéndose de ellas como instrumento de producción y como medio de consumo, como bestias de carga y aun como rebaño, en los pueblos que practican la antropofagia.

Así es como Dubrig, Gumplowick, Soúa y Oppenbeimen, explican el origen del Estado y del Derecho, en el hecho inicial de la fuerza, mediante el que los más son despojados de la tierra en beneficio de una minoría dominadora, que les impone la ley desigual de la servidumbre.

Pero el movimiento social es ascensional, es la actividad humana propiamente dicha, cuando los pueblos marchan por el camino del progreso ideal sin necesidad de moverse del lugar que ocupan, moviéndose

---

(1) *Die Völkherpsychologie.*

(2) *Naturvölker und Kulturvölker*, Leipzig, 1911.

en el tiempo absoluto hacia la conquista de horizontes desconocidos, engendrando siempre de nuevo en las invenciones de las ciencias, de las artes útiles, de la cultura.

El movimiento geográfico de las razas y las luchas que engendra, es un fenómeno de solidaridad del hombre con la tierra, por cuya virtud se engendran corrientes y afinidades electivas, en las que las razas fuertes se sienten llamadas a ocupar las porciones del planeta más aptas para la vida humana; tal era, por ejemplo, la vocación de los pueblos septentrionales, que los impulsaba irresistiblemente en su éxodo hacia las tierras soleadas que baña el Mediterráneo, tierras de viñas y de olivos, situadas en los grandes caminos de los pueblos...

Y precisamente por engendrarse este movimiento de una solidaridad del hombre con la tierra, no es aún completamente social, y tiene sólo el carácter de una fase preparatoria, de física condicionalidad, de la actividad social propiamente dicha, la que se engendra a medida que el hombre deja de ser la parte indiferenciada de una masa bruta, unida a la tierra en un sistema natural de acciones y reacciones antropogeográficas, cuando se van determinando las delicadas *afinidades electivas* de hombre a hombre, que constituyen el fondo de la conciencia de *sí mismo*, donde cada uno se define según su específica vocación de lo humano, que ha de integrarse solidariamente con los otros, y por cuya virtud la masa social se va organizando según el doble movimiento de una mayor interna unidad, y de una definición de actividades y funciones, conforme a la fórmula de Spencer, que implica la condensación de la energía y la disipación del movimiento, en cuyo sentido la vida social se intensifica, adquiriendo mayor profundidad en el tiempo, es decir, una consistencia más duradera y una realidad más plena.

La conciencia religiosa de los magos y profetas, es el correlativo de la conciencia de la masa, pues se constituye, no de las afinidades físicas con la tierra, sino de las afinidades *metafísicas* con el mundo de las ideas platónicas, de Dios, de la inmortalidad,

del reino de la libertad, cuya forma sensible no es la intuición del espacio, sino la del tiempo; es decir, no el anhelo de extenderse por la tierra, sino la proyección de la propia interior vida, en una visión del porvenir infinito.

La actividad de la conciencia integrada en la intuición del tiempo, constituye el *intelecto*, conforme a la formulación de Aristóteles (1), que sirve a Spinoza para caracterizar la función profética, propiamente dicha (2).

El intelecto es la forma social integradora que engendra las realidades sociales por excelencia, la *fuerza* y la *materia* social (Carlos Marx); es decir, las invenciones y el trabajo.

La base psicológica y humana de ambas actividades, y en ellas del movimiento social ascendente, es la virtud propia del intelecto, la previsión, el ver-antes conforme a la condición del tiempo, que proyecta lo presente en lo porvenir.

Esta virtud es la que sirve a Carlos Bucher (3) para diferenciar a los pueblos en estado de naturaleza (*Naturvölker*), abandonados a los impulsos de la originaria solidaridad física con la tierra, sometidos a la triste y dura condición del azar y de la eventualidad en la satisfacción de sus necesidades, de los pueblos en estado de cultura (*Kulturvölker*), que son capaces de previsión, que piensan en el mañana, que no abandonan, después de haberse hartado, los residuos de su caza, que, después, crían los ganados y cultivan las tierras, mostrándose capaces de una actividad *económica* que se ordena según la subordinación del presente a los temores del porvenir, es decir, según el principio del *mínimo esfuerzo*, en el que está implícita la ley lógica de finalidad.

El trabajo significa el desarrollo del propio esfuerzo, que es lo nuestro por excelencia, la base intuitiva de la conciencia de nosotros mismos (Main de Biran), dentro de las condiciones del mundo físico,

(1) Aristóteles: *Tratado del alma*, cap. V, 1. 2.º

(2) *Tratado Teológico Político*, cap. V.

(3) *Die Eustellung der Volkswirtschaft*, cap. I.

para convertirle en medio de los propios fines, y en este proceso de adaptación surgen las invenciones técnicas, medios instrumentales, en los que se hacen servir las leyes de la naturaleza como auxiliares del hombre en la utilización de la materia.

Nuestra conciencia está originariamente adaptada al universo visible de la masa y de la extensión, cuya forma es el espacio, y por esta primordial virtud, la llama interior, que es un ojo hecho de luz, que es la luz, y da testimonio de ella, *lumen de lumine*, se ejerce dentro de la conciencia misma, movida por el puro anhelo de la claridad, como *razón pura* propiamente dicha, en un mundo de formas y de intuiciones mediante las que se extiende e integra para convertirse en cualificada actividad, construyendo discursivamente el organismo lógico-matemático; y después, vuelta al mundo de la experiencia sensible, por el estímulo *menos puro* de adaptar la naturaleza a las necesidades de la vida práctica, de convertirla en medio de los fines humanos, llevando la luz de la razón para iluminar la trama de las asociaciones sensibles, y discernir en ellas, mediante el principio de causalidad, aquellas relaciones reales en las que se resuelve la tendencia vital al dominio de la naturaleza.

El proceso de las invenciones nos muestra la vida del intelecto, conforme a la exigencia implícita en la ley de continuidad natural, originariamente cualificada, según un doble modo; bien en una fase potencial como una intuición (*actividad*) de las necesidades efectivas humanas en la lucha con la naturaleza, que es un anhelo de satisfacerlas, o bien en un momento de actualidad como intuición de estas necesidades, ya integrada en la forma que engendra una nueva conquista de la técnica.

El concepto de la fuerza social surge así en la vida del intelecto por la necesidad de integración de estos dos momentos, siendo lo propio de la masa la virtud del *entendimiento posible* adoptando la formulación clásica, la íntima percepción de las necesidades sociales y el anhelo de satisfacerlas (*vox populi, vox Dei*), en la que la masa adquiere su propia dignidad, como función

que es de la actividad social ascendente, estímulo del movimiento ascensional, y no resistencia pasiva a él, disgregada y mecánica; y lo propio de las individualidades distinguidas, de los magos, de los inventores, es la virtud del *entendimiento agente*, que, desde la cumbre donde brilla el sol de las ideas, vislumbra los nuevos horizontes, sirviendo de luz y de guía a los anhelos ascensionales de la masa, integrándoles en su base objetiva y trascendente, que son las nuevas verdades donde se dilata el dominio del hombre sobre la naturaleza.

La vida orgánica de las ideas como una fuerza social, es producto del proceso histórico; en los pueblos primitivos existe una dualidad mecánica entre las dos formas del intelecto, inaptas a una integración solidaria, porque los magos aparecen, en cierto modo, como fuera y por cima de la sociedad, como criaturas celestes, hacedores de milagros, y la masa, deslumbrada, en un estado de conciencia mística, desgarrada por la sugestión religiosa, de toda conexión real con la naturaleza, recibe las ideas como dones divinos, siendo conducida a las tierras de *promisión* lo mismo que el rebaño por sus pastores.

Esta dualidad mecánica es también propia de la concepción política de Platón en su *República*, que nos aparece como un último y genial reflejo de la conciencia primitiva de los pueblos; allí existen también *dos clases de hombres*: los directores y los dirigidos, de condición desigual, como los pastores y su rebaño, según la imagen favorita de Platón, entre los que es imposible toda humana solidaridad; los primeros, los filósofos, son perfectos, e imperfectos los segundos; los primeros poseen la conciencia trascendental de las ideas, y viven ascéticamente, desligados de las tendencias naturales; carecen de propiedad y de familia, mientras que los segundos son incapaces de percibir la luz ideal y están entregados a la satisfacción de sus apetitos.

Platón no se preocupa de exponer las condiciones de posibilidad de su República, por lo que es justa la crítica de Aristóteles cuando califica de sueños irreales

las visiones platónicas; aquellas condiciones no pueden ser otras que las impuestas por la efectiva solidaridad humana, conforme a las cuales sería preciso explicar, ante todo, el hecho de la aceptación por la masa de las direcciones ideales propuestas por los guardianes; pero después surge el hecho inevitable de que Platón prescinda, de las corrientes imitativas que irradian de la clase superior a la inferior, por cuya virtud se explican nada menos que las instituciones sociales de la propiedad y de la familia, como muestra Vier Kandt, de cuyo origen nada nos dice Platón; el respeto supersticioso de la masa hacia los objetos muebles y las armas que han pertenecido a los magos, es la primera raíz psicológica de la propiedad jurídica, así como es el respeto a la mujer que le perteneció la primera raíz psicológica de la institución familiar.

El concepto que hace de las ideas una fuerza social no es el concepto de los *radicales* como Fernando Lasalle de las ideas *desarraigadas* de la conciencia colectiva, al modo de creaciones de una mentalidad superior, que ha de valerse de la fuerza militar para imponerlas; las ideas actúan eficientemente como formas de la actividad social, sin esperar su triunfo de las cuarteladas ni de los golpes de fuerza, cuando son ellas mismas fuerzas reales, *nexo vivo* que liga la voluntad de los hombres, corrientes tendidas entre los dos polos de la conciencia social.

## II

Al contemplar la actividad humana y social desde el punto de vista de la inteligencia, nos aparece como un proceso ascensional, cada uno de cuyos momentos significa un nuevo paso en el dominio de la naturaleza.

Por el contrario, si la contemplamos desde el punto de vista de la razón, nos aparece como el sistema de condiciones preestablecidas, por cuya virtud el progreso social es posible.

Siguiendo la analogía de la actividad social con el movimiento físico, podemos decir que del primer modo la interpretamos

en función de la fuerza; del segundo, en función de la materia.

La razón está adaptada al mundo estático de la materia y de la extensión, al mundo de la *natura naturata*, de donde proceden sus caracteres de necesidad y universalidad, conforme a los cuales Hegel interpreta la historia, iniciando el concepto de la materia social, así como Fichte había iniciado el de la fuerza social, interpretando la historia según la libertad de la inteligencia, que elige medios para fines.

La filosofía hegeliana de la historia significa un intento de construcción sistemática de los fenómenos históricos según el sentido de la ley dialéctica que Hegel descubrió, siguiendo a Kant, en la génesis trascendental de las categorías, conforme a la cual se construyen éstas como un organismo lógico, en el que la definición de cada una contiene ya la definición de las otras, en adecuado momento, como posiciones sucesivas de la misma virtud racional, íntimamente ligada y ligadora.

Así, puede construir cada fenómeno histórico como un momento necesario en el desarrollo del sistema inminente de la razón, como llevando en sí mismo el germen del momento sucesivo, hacia el que espontáneamente se desenvuelve, hasta engendrarle, por la inmanente necesidad racional.

Uno de los principales méritos de Carlos Marx es el haber descubierto y desarrollado—juntamente con Fierbach—el fondo materialista de esta concepción dialéctica, llevándole a su concepto de una técnica económica constituida por las condiciones de la producción, donde vienen a quedar materializados y presupuestos para lo sucesivo, como leyes necesarias del desarrollo social, los resultados de la experiencia histórica, conforme a las cuales ha de plasmarse el esfuerzo humano en todas sus posibles determinaciones. Así como en la psicología materialista los actos del alma tienen un *abstractum* cerebral, no pudiendo concebirse una actividad anímica, creadora de lo nuevo, desligada de las corrientes nerviosas de la memoria, que aquella actividad va dejando como

huella de su paso, así también, en la concepción materialista de la historia, la actividad humana y social viene a estar circunscripta dentro de los límites estrechos de la técnica económica; ésta es como la memoria orgánica de la humanidad, como el sistema nervioso de la historia, donde la vida pasada es rémora de las iniciativas y tiraniza al presente y al porvenir; así resulta en todo vigor que, desde el punto de vista de la razón, aparece estáticamente la actividad social como materia, en el sistema de las condiciones que la hacen posible, sin que desde él se descubra el principio real del movimiento y del cambio.

A este mismo sentido responde Bergson (1), aunque imitando impropriamente el concepto de la inteligencia, para significar con él la actividad inmanente constructiva de la razón, cuando dice: «la invención propiamente dicha, que es el punto de partida de la industria, nuestra inteligencia no la concibe en su surgimiento, es decir, en lo que tiene de indivisible, ni en su genialidad, en lo que tiene de creador. Explicarla consiste siempre en resolverla, por más que sea imprevisible y nueva en elementos conocidos y antiguos, dispuestos en un orden diferente».

El grave inconveniente de agotar la función de la inteligencia en esta operación meramente constructiva, es el de que después no queda para engendrar el movimiento más que el instinto oscuro y ciego, este *impulso vital*, al que Bergson atribuye toda iniciativa; siendo, por el contrario verdad, que no cabe concebir la actividad ascendente sino mediante la luz de la inteligencia, que descubre los nuevos horizontes y ve en la lejanía el fin hacia el que tienden los esfuerzos humanos, norte y guía de la humanidad en su camino. «Si prescindes de la inteligencia—dice Mefistófeles a Fausto—, del más grande de los dones que debes a Dios, sólo conseguirás darte al diablo y despeñarte en el abismo.»

Mediante la razón, se construye la actividad social en lo que tiene de duración, distribuyendo, según orden y sistema, los

elementos que como materia van quedando en la memoria cerebral, como algo que existe y permanece en el espacio; la virtud racional se ejerce—según Descartes y Espinosa— en la intuición del espacio, y mediante ella aparece la actividad humana, ante todo en su fase inicial, como determinada por aquella tendencia antropogeográfica a extenderse por la superficie de la tierra y a arraigar sólidamente en ella, y después como necesidad de adaptarse a la técnica, que complementa y perfecciona el ambiente natural, por decirlo así, constituyendo ambos elementos la *estática social*, en los que la marcha humana ascendente aparece vinculada en el suelo, dentro de las condiciones del espacio y de la masa.

Pero la materia social es sólo relativamente espacial y estática, pues lleva en sí misma el germen de la actividad y del progreso; no es masa seca y muerta, sino que está abierta hacia el porvenir, y mediante ella se ingieren las perspectivas del tiempo absoluto en el organismo físico-matemático del cosmos; sin perjuicio de que cada momento de la actividad social sea plenamente lo que es, no deja de estar en él el momento subsiguiente, en estado como de preparación, de posibilidad y aun de tendencia e impulso hacia él, en el sentido de la *entelequia* aristotélica, que es el mismo de la ley de la continuidad debida a Leibnitz, el mismo, en el fondo, de la lógica idealista de Platón y de Hegel, que hace salir el ser del no ser, de *lo que todavía no es*; pero consiste en aspirar a serlo, que Hegel expresa en su principio de la identidad de los contrarios.

Hegel expone la ley de la identidad de los contrarios en el proceso de la historia universal, y así, el mundo antiguo oriental, que significa la posición histórica de la indeterminada unidad de la razón, lleva, según él, el germen desarrollado en la brillante civilización clásica, y a su vez, dentro de esta civilización, existe, de nuevo, el germen de la absoluta unidad, que es el imperialismo romano, y la unidad romana, de nuevo, lleva en sí la tendencia a una variedad más diferenciada, la cual ad-

(1) *L'evolution creatrice*, cap. V, pág. 342.

viene, según plena determinación, en la época bárbara, para reducirse a una síntesis definitiva, como razón y unidad absoluta, en la civilización germánica, que, sobre base del cristianismo, constituye la plena posición de la Humanidad en la historia, cuya personificación es el Estado moderno.

Pero es, desde luego, fácil de observar que este proceso, aun admitido que sea tal como Hegel lo describe, no tiene nada de espontáneo, sino que se engendra de las luchas y relaciones entre los pueblos, en las que entra el azar y la accidentalidad de los casuales encuentros a través de los caminos de la historia.

Así, el imperialismo romano, aunque estuviese preparado y como en germen dentro del desarrollo social y político de Roma, necesitó, para determinarse, del influjo de las civilizaciones orientales, llevado a ellas por los grandes *condottieri*, primero por Lúculo, después por Pompeyo, que, en sus expediciones al Oriente, lograron satisfacer su sed de oro y de goces materiales, precipitando más y más a la metrópoli en olvido de las antiguas virtudes ciudadanas, por la pendiente de la ambición, del orgullo, de la prepotencia, cuya culminación es el imperio.

Así también, las razas septentrionales que llegaron a las márgenes del Mediterráneo buscando el sol y el mar azul, en cuya sangre joven venían renovadas las esperanzas de la civilización, florecieron al calor de los ideales cristianos, traídos por el Mediterráneo en las naves de los apóstoles que partieron de Oriente ..

Y es que la contemplación de la actividad social desde el punto de vista de la materia y de la fuerza, no permite reducirlas a la unidad necesaria de la razón, al revés de lo que sucede con el movimiento físico, porque el correlativo de la ley de unidad nacional no es en aquélla, como en ésta, la necesidad de la determinación conforme a la ley, que procede del proceso inmanente de la razón en la Naturaleza, sino la mera posibilidad del cumplimiento de la ley, como corresponde al concepto de la libertad, constitutivo del

mundo humano y social, del mundo del espíritu.

He aquí por qué el problema de la estructura social es irresoluble fuera de las condiciones trascendentales implícitas en la idea del Bien y de la Justicia.

---

## INSTITUCION

---

### IN MEMORIAM

### DON FRANCISCO GINER,

por J. Dantín Cereceda.

Yo recuerdo, en la Sierra de Guadarrama, en una mañana de Agosto, cómo el cielo estaba encalmado, vivamente luminoso y cristalino. Yo recuerdo también la carretera en la fronda verdinegra del pinar silencioso, recortándose en el suelo albaizo las sombras desiguales de sus copas enhiestas. Yo recuerdo cómo camina junto a mí mi buena mujer, que, en la paz íntima y callada de la fresca transparencia matinal, amamanta a su hijito sólo por darle generosa, no tanto su carne cuanto su espíritu. Otros dos hijos juegan en torno: los rostros tienen un gesto amable, y del fuerte gustor a dulcedumbre que derraman las cosas dice la abundancia del corazón. La mujer, los hijos, el campo, al cabo la gran Naturaleza, forman un grupo de fortaleza y de amor; sólo yo, consternado, pienso en cómo la muerte habrá de dispersar esta caravana confiada que ahora, cuesta arriba, taconeando con pasos gallardos. He aquí que damos en un peñasco erguido, de suave bombeo, donde hay una casita de piedra a estilo serrano, con ventanas de madera. Llamamos en su puerta quedamente, y antes de acabarse el instante fugitivo de emoción en todo el que espera, aparece de improviso la figura venerable, limpia, pulida, llena de íntimo agrado, de D. Francisco Giner. Yo digo:

— Buenos días, D. Francisco. Venimos todos a verle.

Cruzamos el umbral, el zaguán recogido, y damos en el comedor, donde todo parece centellear con vivos destellos. Las

anchas ventanas se abren ampliamente al campo; se columbran los pinos de roja corteza agrietada, las peñas lejanas de un gris verdoso y una nubecilla blanca en el azul cobalto.

Don Francisco habla de los niños, de la educación espiritual, y su voz es, para nosotros, como expresión sintética y suprema de la Naturaleza que entra a raudales por la ventana. Nunca el silencio del espacio nos pareció más elocuente en palabras. La madre tiene al pequeñín dormido en sus brazos, y siente, con pesar que la inquieta, que D. Francisco no vea sus ojos, ahora velados por los anchos párpados tendidos.

— ¡Si viera usted qué ojos, D. Francisco! ¡Qué ojos! ¡Son azules y muy grandes!... Así, mire usted, D. Francisco, así!...

Y la madre, enajenada, encorva el índice sobre la yema del pulgar.

Don Francisco ha sonreído y ha dicho:

— Turbar el sueño de un niño parece un crimen.

Y entonces la cabeza venerable del viejecito se inclina sobre la del niño por contemplar su inocente paz profunda.

¿Qué se dicen en ese momento las dos cabezas silenciosas: la del niño, que apenas es, y la del anciano, que fué tanto? ¿Qué señas han cambiado esas sienes de serena elevación y esas otras que se adivinan bajo aladares de un rubio de oro? ¿Cómo se reconocen esas dos inocencias, al cruzarse en la senda: una, presurosa en la ascensión; otra, sosegada en el tornar? ¿Qué palabrillas cariñosas escucha el que empieza a ser hombre, del que tiene plenitud de Humanidad?...

Y al separarnos del lugar de soledad y ventura, estamos todos contentos; sólo la madre siente el ligero pesar de que Don Francisco no haya visto los ojos, azules y grandes, de su presente amor.

.....  
Tiempo después, ni D. Francisco ni mi hijo existían ya. Vueltos al gran todo, ambos son ahora de la misma edad. Quedó el anciano sin ver los ojos del niño, y nosotros, ¡ay de mí!, tampoco volveremos a verlos.

Turbar el sueño de los niños parece un crimen.

¡Silencio!

(*El Magisterio Tarraconense*. Reus, 1917.)

## EL MAESTRO GINER

Ha comenzado a publicar *La Lectura* todas las obras de D. Francisco Giner. Al recordar sus estudios, al imaginarnos al maestro, parécenos que sigue viviendo entre nosotros. ¿Quién sino el director espiritual de la Institución Libre podría haber puesto más esperanzas en el *non omnis morietur*?

Fué guía de los extraviados, oriente seguro para llegar a puerto de salvación en las perplejidades del pensamiento.

Si Pitágoras no hubiese inventado la palabra filósofo, por acto de modestia, como el de San Gregorio el Grande al llamarse siervo de los siervos de Dios, hubiera sido necesario crearla para designar a Giner.

Fuente de verdad es la Filosofía; pero a la vez manantial perenne de amor.

Nunca fué más grande el autor de *El símbolo de la fe*, que en aquellas páginas donde contempla a Dios a través de sus más viles criaturas, dando aquí a la vileza el significado de simple jerarquía biológica.

Porque era filósofo y porque era sabio, D. Francisco Giner era bueno.

En todo ser humano ha puesto la Naturaleza gérmenes de justicia y de bondad. La obra del pedagogo consiste en hacer que florezcan y den fruto.

Es concepto trivialísimo el que asigna un papel trascendental en la construcción ética de un pueblo al maestro de primera enseñanza. El ideal de los ideales sería haber llegado a la cumbre de la virtud para merecer el dictado de perfecto «maestro de escuela», desprovista esta palabra de la significación unilateral, dominadora y absorbente, que tanto dista de su cándida y primitiva representación.

Pues Giner era uno de esos formadores de almas que saben convertir al niño en hombre y al hombre en ser verdaderamen-

te libre, por haber llegado a la verdadera y pura racionalidad...

La estética y la moral marchan del brazo por el mundo. Un moralista como Giner pudo ver siempre en la limpieza física la condición subalterna, pero condición al fin, de la limpieza de conducta.

Dicen las Bienaventuranzas, que los limpios de corazón verán a Dios. La frase divulgada por González Serrano, de que la civilización de un pueblo se mide por el diámetro de sus jofainas no es hiperbólica.

A esa visión de la divinidad, que está entre nosotros, por la pureza de cuerpo y de alma, impulsaba con sus palabras, con sus actos y con su vida D. Francisco Giner.

Dice Sanz del Río, en su *Análisis del pensamiento racional*, que para estudiar Filosofía es preciso estar en paz con cielos y con tierra. ¡Dichoso el maestro Giner, cuyo entendimiento armónico le permitió llegar a ese estado de beatitud envidiable!

(*Solidaridad Obrera*, núm. 623. Barcelona, 1917.)

#### NOTICIA

D. Manuel Rodríguez Arzuaga, de la Corporación de Antiguos Alumnos, ha hecho un donativo de quinientas pesetas a la Junta Facultativa de la Institución con destino a los gastos de la casa-refugio de la Sierra de Guadarrama.

#### LIBROS RECIBIDOS

Stricker (Dr. S.).—*Fisiología del Derecho*, traducción del alemán por P. Dorado.—Madrid, Victoriano Suárez, 1896.—Legado Sales y Ferré.

Ihering (R. Von).—*La lucha por el Derecho*. Versión española de Adolfo Posada y Biesca, con un prólogo de D. Leopoldo Alas.—Madrid, Victoriano Suárez, 1881.—Legado de ídem.

Kant.—*Principios metafísicos del Derecho*. Traducción de G. Lizárraga.—Madrid, Victoriano Suárez, 1873.—Legado de ídem.

Procksch (U.).—*Karl Christian Friedrich Krause. Ein Lebensbild nach seinen Briefen dargestellt*.—Leipzig, Fr. Wilh. Grunow, 1880.—Legado de ídem.

Santillana (Marqués de).—*Serranillas y cantares*.—San José de Costa Rica, Imprenta Alsina, 1917.—Don. del editor.

Boscá (Eduardo).—*A propósito del Taunurus ultimus vel Spongiliomorpha iberica Saporta*.—Madrid, 1917.—Donativo del autor.

Idem.—*Dos observaciones a propósito de la Lacerta muralis en España*.—Madrid, 1917.—Don. de ídem.

Idem.—*Tributo a Cervantes*.—Madrid, 1916.—Don. de ídem.

Idem.—*Un individuo anómalo de la Chelone Mydas (L.) en el Mediterráneo*. Madrid, 1916.—Don. de ídem.

Idem.—*Un cetáceo raro en el Mediterráneo*.—Madrid, 1915.—Don. de ídem.

Idem.—*Un género nuevo para la fauna herpetológica de España y especie nueva o poco conocida*.—Madrid, 1916.—Donativo de ídem.

Idem.—*Un paradero de la época paleolítica en Oliva (Valencia)*.—Madrid, 1916.—Don. de ídem.

Idem.—*Comentarios sobre mamíferos de la región valenciana comprendidos en la «Fauna ibérica» de D. Angel Cabrera*.—Madrid, 1915.—Don. de ídem.

Boscá Seytre (D. A.).—*Memoria mineralógico-minera de la provincia de Teruel*.—Teruel, Imprenta de la Casa de Beneficencia, 1912.—Don. de ídem.

Idem.—*Fauna valenciana (en resumen)*.—Barcelona, Alb. Martín, 1916.—Donativo de ídem.

García de Herreros (D. Enrique).—*Sir M. Armand Ruffer et Sir Gaston Maspero*.—Alexandrie, 1917.—Don. del autor.

Fernández y Rodríguez (D. Obdulio).—*Discurso leído en la solemne inauguración del curso académico de 1917 a 1918 de la Universidad Central*.—Madrid, Imprenta Colonial, 1917.—Don. de la Universidad.